

LA CONJURA DE AARON BURR

Y LAS

PRIMERAS TENTATIVAS DE CONQUISTA DE MEXICO

POR AMERICANOS DEL OESTE.

MONOGRAFÍA

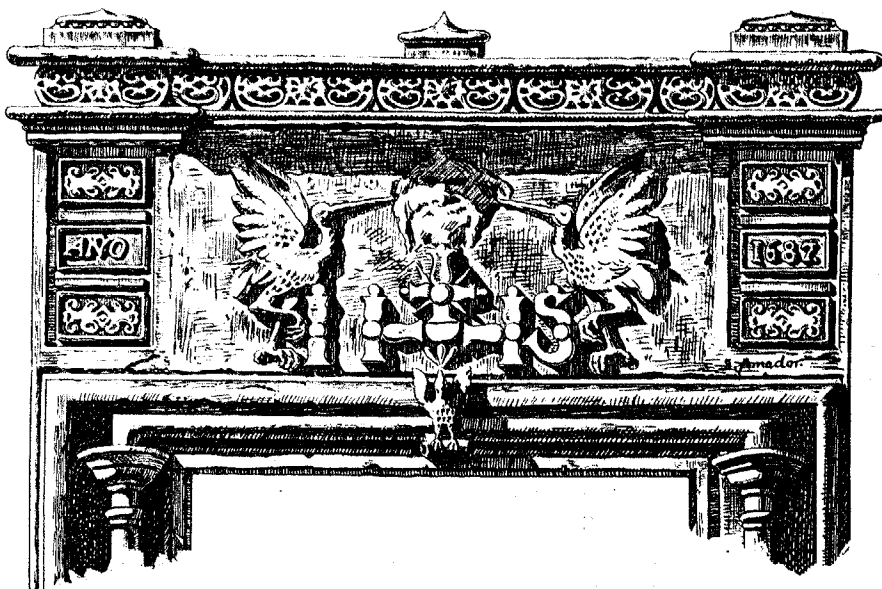
POR V. SALADO ÁLVAREZ,

MIEMBRO CORRESPONDIENTE DE LA ACADEMIA MEXICANA Y SOCIO DE NÚMERO
DEL LICEO ALTAMIRANO.



Albino

1775



I

En el estado mayor del gran Jorge Washington militaban, durante la guerra de independencia, dos mozos que por su ingenio, su despejo y su ambición, parecía destinar la suerte á los honores más grandes y á las posiciones más encumbradas; pero que la suerte misma se había de complacer en colocar en campos opuestos, hasta traer la muerte del uno y la ruina del otro.

El mayor de aquellos mancebos llamábase el capitán Alejandro Hamilton, y decíase el otro el capitán Aaron Burr. Años después, cuando cargado de achaques, de desengaños y de dolores, recapitulaba Burr su aventurera vida pasada, solía decir que si de joven hubiera leído más á Sterne que á Voltaire, habría llegado á darse cuenta de que el mundo era bastante amplio para dos rivales; pero tarde comprendió verdad tan palmaria, que de hacerlo en hora propicia otra hubiera sido la suerte de ambos, y otro, tal vez, el giro que tomara la historia de México.

Nació Aaron Burr en Newark, estado de New Jersey, el 6 de febrero de 1756; era hijo del Rev. Aaron Burr, teólogo eminente á quien se considera como fundador de la universidad de Princeton, y de Esther Edwards, hija de Jonathan Edwards, otro teólogo, quizás el más grande que haya producido el nuevo mundo.

Emparentado por todas las ramas con ministros y educadores famosos por sus luces y su rectitud, Aaron Burr estaba inclinado á la iglesia y á la cátedra, con tanto más fundamento, cuanto que ya desde niño se anunciaba su aguda y precocísima comprensión.

Pero si Aaron heredó el entendimiento de sus antecesores, no recibió asimismo sus tendencias sanas y pacíficas. Sólo contaba cuatro años de edad ¹ cuando, por causa de un altercado con su profesor, se escapó de la casa y anduvo errante varios días; á los once estaba listo para matricularse en Princeton, donde se rehusaron á admitirlo por su extremada mocedad; á los trece entraba á las clases de *sophomore* y se graduaba á los diez y seis.

Su tío, Tímoteo Edwards, en cuyo poder quedó por muerte de sus padres y abuelos, trató de hacerle abrazar la carrera de *divine*, en que tanto se habían señalado los suyos; pero en verdad que no podía haber nada más irracional ni infundado que tal deseo. El chico se extasiaba ya en la lectura de los enciclopedistas franceses que á la sazón privaban, y el viejo era, conforme nos lo pintan, ² un riguroso ordenancista, un carácter forjado en frío y un rigidísimo teólogo puritano que más moraba en la sombra del Sinaí que en la dulzura, la luz, el amor y la compasión de la montaña de las bienaventuranzas. Pronto debía brotar el choque entre dos naturalezas tan opuestas; y en efecto, desgarrado Burr, como nuestros clásicos decían, de la casa de su pariente, se propuso seguir la carrera del derecho, la ciencia de los hombres, ya que no era para él la ciencia de Dios, en que sus antecesores habían brillado.

Apenas empezaba á tomar noticia de las Pandectas y la Instituta, al lado de su hermano político, Tappan Reeve, cuando lo distrajo de tan pacífica ocupación el tronar de los cañones de Lexington. Diez y nueve años tenía cuando empezó su carrera militar, y era, desde entonces, en comer y beber, espartano, capaz de contentarse con dormir unas cuantas horas y de soportar sin protesta todas las fatigas físicas. De pronto y noble entendimiento, en plazo muy breve se asimiló todos los libros de la ciencia de la guerra; dotado de voluntad tenacísima, nadie mandaba en el ejército con más imperio que él; de natural exquisitamente bondadoso, sus soldados lo adoraban. Nunca supo Aaron Burr lo que era el miedo; sus nervios no llegaron á estremecerse nunca, y á pesar de que se encontró frente á frente de las catástrofes más terribles

1 *Memoirs of Aaron Burr*. by Matthew L. Davis, vol. I, p. 25.

2 *The true Aaron Burr*, by Charles Burr Todd., pag. 2.

de la historia americana, jamás llegó á perder la plena posesión de su persona. ¹

Preparábase á la sazón la heroica aventura del Canadá, bajo la conducta del coronel Benedict Arnold, y Burr armó y equipó á sus expensas una compañía que bien menguada quedó en aquella expedición, punto menos que fabulosa, en que por veintisiete días anduvieron los hazañosos americanos perdidos entre agrestes soledades, muertos de hambre y de frío, y obligados á comer hasta las correas de los zapatos y el cuero de las cartucheras. Murieron muchos, desertaron otros, enfermaron los más, y al fin la columna, que había salido fuerte de cosa de dos mil hombres, llegó á las colonias británicas reducida á menos de seiscientos.

Había que llevar un mensaje al general Montgomery, y cuando se mostraban dudosos ó negativos los otros expedicionarios, Burr se propuso para el caso; disfrazado de sacerdote atravesó las doscientas millas que de la ciudad de Montreal distaba su campo y entregó el papel al general amigo. Tan complacido quedó éste, que hizo su ayudante á Burr con el grado de capitán.

La tropa se encaminó contra Quebec, tratando de sorprender la guarnición; pero ésta pudo darse cuenta de lo que pasaba, disparó un cañón, y todos los de la sección de Montgomery cayeron difuntos, menos Burr y su gufa. El joven ayudante, sin aturdirse, se echó en hombros al general muerto, y con él á costas caminó hasta depositar en campo amigo el cuerpo del malogrado jefe, con cuya vida acabó la esperanza de conquistar el Canadá para la Unión.

Tan sonada fué aquella hazaña, que, pasados de ella muchos años, un ex-capellán de la heroica columna, que visitaba New-York, quiso hablar á Burr, que vivía en la gran ciudad, viejo, triste y enfermo.

—No haga usted tal, le dijo su acompañante, que Aaron Burr está muy mal quisto y considerado por todos como traidor.

—¿Traidor?—respondió el sacerdote. Nunca creeré que haya sido de madera de traidores aquel hombre tan esforzado y tan discreto; debe de haber en esto alguna lamentable equivocación. Y describió luego aquella noche de luna, aquel arrogante mozo portador de la más fúnebre carga, aquel caminar por las praderas cubiertas de nieve, aquel recatarse de las balas de los ingleses, y aquel llegar al real americano y deponer en tierra con filial piedad los despojos mortales del héroe.

¹ Orth, *Five american politicians*, p. 21.

Cuando Burr volvió á su país, el general Washington lo colocó en su estado mayor; pero deseoso el joven de tener mando activo, renunció su puesto al lado del libertador, pasó á mandar las líneas de Westchester y á poco se casó con Teodosia Prevost, viuda de un general inglés y mujer en quien, por no ser rica, ni hermosa, ni joven, resaltaban más la portentosa cultura del entendimiento, la gracia exquisita de la conversación y la bondad nativa del espíritu. A su lado Burr fué dichoso por varios años, quedándole á la muerte de la dama una sola hija, llamada Teodosia, como la madre, y marcada por la suerte, á semejanza de las mujeres de York, para tristes y trágicos destinos.

Burr había ascendido á coronel; pero como no abrigaba idea muy elevada acerca de las capacidades militares del gran Washington, y éste no lo mirara con buenos ojos, renunció su puesto en el ejército y se dedicó á estudiar leyes. En seis meses quedó capaz para presentarse á solicitar el grado. Negáronse los doctores á admitirlo á examen, puesto que se necesitaban cuatro años de estudios; pero el altivo coronel respondió que ese tiempo, cabalmente, lo había empleado con más fruto que en leer «los cien mil libros de aquella ciencia enmarañada y torpe:» sirviendo con las armas en la mano á su país, que en días de angustia y turbación lo había llamado á su defensa; que en cuanto á su habilidad, de ella podría juzgarse después de las pruebas. Fueron éstas tan rigurosas é intrincadas como pudieron combinarlas los examinadores; pero el candidato salió avante, quedando licenciado como abogado en leyes y admitido como consultor en el foro de la ciudad de Albany.

No tardó en trasladarse á New York, donde de nuevo tropezó con Alejandro Hamilton, que acababa de dejar la carrera militar por causas idénticas á las de Aaron; pero que, á fuer de discreto y precavido, en vez de granjearse la enemistad del gran hombre, haciéndole saber la opinión que de sus aptitudes se había formado, supo atraerse su favor consiguiendo que lo ayudara singularmente.

Hamilton y Burr eran desde entonces rivales en el ejército, rivales en el foro, rivales en opiniones, y pronto debían ser también rivales en política. Y en verdad que pocas veces ha habido dos sujetos más contrapuestos y difíciles de amalgamarse. Hamilton era conciliador y discreto, conocía á maravilla el arte de vivir y estaba seguro de alcanzar un rápido encumbramiento. Hijo de un escocés ignorado, nacido en una isilla insignificante de las Indias occidentales, pobre y sin recursos, por aquellos tiempos estaba llamado ya á los puestos más elevados, pues acababa de contraer matrimonio con la bella hija del general Schuyler, jefe de una de

las dos familias que gobernaban políticamente el estado de New York; Burr casó con una viuda pobre que recibió de su marido «sólo su limpia espada por herencia.»

Elocuentes, lo eran ambos; pero la elocuencia de Burr era dura, concisa, punzante, sin distingos ni consideraciones, sin galas ni adornos: la de Hamilton era noble, reposada, llena de artificios retóricos y de elegantes y oblicuas figuras que hacían por extremo grato su discurso. Lo que Hamilton hablaba en dos horas, Burr lo destruía en unos cuantos minutos; pero sobre las ruinas que dejaba Burr, Hamilton alzaba después un gallardo castillo que era encanto de los ojos y alegría del entendimiento.

En valor podían competir; pero el de Hamilton era reposado, razonador y reflexivo, mientras que el de su émulo era fogoso, ardiente y capaz de atropellar por todo.

La entrada de Burr en la política parece la de aquellos bisontes que Chateaubriand describe penetrando en la selva americana; en cuatro años pasó de simple abogado á rival de los hombres de estado más eminentes y á presunto sucesor de Washington; y sin estar enlazado con las familias reinantes, sin contar con servicios extraordinarios á su país y sin estar ligado con ninguno de los partidos que se disputaban el poder, alcanzó una fortuna política que todavía maravilla.

No fué ésta, dice Orth, debida al prestigio de sus antecesores, nativos de Nueva Inglaterra, como pensaba John Adams; ni á bajas y tenebrosas maquinaciones, como llegó á escribir Hamilton; ni á su reputación militar, como conjeturaba Jefferson; ni á suerte loca y temeraria, como vociferaba el inconsulto populacho. Su elevación se debió á que Aaron Burr fué el primer político americano que comprendió la importancia de la organización compacta. Nada menos á Burr se atribuye el haber utilizado y puesto en pie de guerra la famosa organización de *Tammany Hall*, que todavía dura lozana y floreciente, valiéndose del influjo que ejercía sobre un tal Mooney, fundador del club.

Senador durante seis años, pronto aspiró á gobernador de New York, el estado-imperio, cargo que era entonces tan codiciado como ahora, por su gran sueldo y por la representación que traía consigo. El famoso Wit Clinton ganó la elección; pero la habilidad que desplegó Burr y las fuerzas de que hizo alarde, llamaron grandemente la atención de su rival más encarnizado, el coronel Alejandro Hamilton.

Lo cierto es que los turbios manejos de Aaron, tan distantes de los que hasta entonces se habían practicado en la política america-

na, empezaron á preocupar á todos, al grado que el mismo Hamilton escribió á Rufo King que consideraba «un deber de conciencia» (religious duty) entorpecer la carrera del terrible político.

Del mismo parecer era Washington, pues en 1794, como un conventículo republicano le recomendase á Burr para desempeñar el puesto de ministro americano en París, el Presidente contestó con seguridad, que tenía como regla de su administración no designar para cargo importante á sujeto cuya inmaculada honradez no le constara.

Cuando parecía inminente la guerra con Francia, Hamilton fué ascendido á general y nombrado para un puesto de peligro; Burr quedó desconocido é ignorado. Todavía más, el fundador de la Unión encargó al pueblo en su último mensaje, cabalmente redactado por Hamilton, que se cuidara de las organizaciones políticas secretas y de miras torcidas, aludiendo, de seguro, á los propósitos de Burr, y á hazañas suyas como la fundación del banco de Manhattan, que parece cosa ideada conforme á los procedimientos vigentes hoy en los Estados Unidos.

Cosas eran estas que debían enardecir la lucha é inclinar á Burr al empleo de todos sus recursos; pero también Hamilton y sus amigos habían de mover los que poseían. Pintábase al partido federalista como reunión de cínicos volterianos, ateos, jacobinos y pervertidos, y á Burr como un Napoleón, un Catilina, un César, un enemigo de la libertad, en fin. El hábil intrigante fué propuesto como candidato para vice-presidente por la convención de Filadelfia, en mayo de 1800; el país entero se conmovió; el día del escrutinio, la asamblea de representantes decidió no separarse hasta que estuviera hecha la elección; todos los diputados estaban presentes, los enfermos se habían hecho conducir en canapés; uno que estaba á punto de muerte, era atendido por su mujer, y se comía y dormía en el local de las juntas. Al cabo de siete días, Jefferson resultó electo presidente y Burr vice-presidente.

Nadie ha dirigido con más habilidad y talento que éste las tareas del senado de los Estados Unidos, ni se ha visto nunca un magistrado más francamente pervertido, menos cuidadoso de las formas y más lleno de esa soltura agradable y fina que fué el distintivo de Burr durante su existencia.

Uno de sus biógrafos¹ púntanoslo de pequeña estatura, pues apenas alcanzaba cinco pies seis pulgadas, delgado de complexión; erguido de cuerpo y clásica la apostura de la cabeza. La boca la

¹ Orth, op. cit., p. 25.

tenía grande, largas las narices, pequeñas las orejas, la frente ancha en la base y angosta en el nacimiento, comunicándole este detalle un aspecto muy particular al rostro. Sus ojos eran ardientes carbones, al grado que no hubo nadie que resistiera su mirada. Reposado en su porte, lleno de aparente calma en su discurso, en sus hábitos sobrio, aquel sujeto privilegiado era á un tiempo mismo petimetre y erudito, ingenioso y reflexivo, benévolo y sin entrañas.

En 1804 aspiró de nuevo al cargo de gobernador de Nueva York, pero de nuevo fué ruidosamente derrotado; la activa labor de Hamilton trafa resultados decisivos, y por consecuencia de ella atacaban acerbamente á Burr los periódicos del partido demócrata. ¹ El perdidoso, lleno de acedia, pidió á su rival explicaciones que éste le suministró amplísimas: había ido contra el político, no contra el hombre, y daba descargos tales y tan claros, que habrían satisfecho al más descontentizado. Pero Burr tenía sed de la sangre de su enemigo, y sin admitir réplica ni espera, precipitó las cosas hasta obtener un duelo á muerte.

Años después, Burr contaba el caso al famoso Jeremías Bentham, y éste escribía en sus *Memorias*: ² «Me habló de su duelo con Hamilton; estaba enteramente seguro de matarlo, por lo cual creo que el lance fué poco menos que un asesinato.» Y en efecto, Hamilton quedó gravemente herido y murió al día siguiente del encuentro; no sin declarar que tenía propósito de disparar su pistola al aire.

Aquel homicidio fríamente premeditado, el inmenso valor de Hamilton, el poder de los enemigos de Burr, la privanza que el duelo estaba adquiriendo en los Estados Unidos y que hacía temer á las gentes previsoras que llegara á propagarse tan terrible calamidad, levantaron grito tan grande, que no falta quien crea que fué Burr quien murió en los collados de Wechawken, ó que por lo menos, hubo dos muertos después de la tremenda jornada.

Es verdaderamente curioso el saber que, si Burr y Hamilton fueron rivales en política, rivales en el foro y rivales en el campo de honor, fueron también rivales en una empresa colosal y que pensaron había de inmortalizar sus sendos nombres: la conquista de la América Española. Se lee en *Life of Alexander Hamilton*, libro escrito por el hijo del biografiado, John C. Hamilton, á páginas 217 del tomo VII: «Había entonces una empresa digna de un hombre de las más elevadas aspiraciones: emancipar á la América Española

¹ Como muestra de los ataques que en esos días se estilaban, véase la curiosísima pieza *The Battle of Muskingum, or defeat of the Burrrites*.

² Citado por James Parton, *The life and time of Aaron Burr*, vol. II, p. 170.

de un cetro colonial, teórica y prácticamente el más pesado de la tierra; capacitar á las numerosas poblaciones que la forman para establecer gobiernos de tendencias moderadas y adecuados á sus condiciones; abrir al mundo un comercio importantísimo, postrado por un monopolio opresor; apartar, una vez por todas, el único peligro serio á que estaba expuesta la Unión americana, la división del enorme territorio que se encontraba al sur de sus límites; cortar, como Hamilton decía, el *nudo gordiano* de los grandes destinos de la nación; parar el progreso de las doctrinas revolucionarias, que Francia propagaba á la sazón en aquellas regiones, y unir el hemisferio americano en una gran sociedad de intereses y de principios comunes, contra la corrupción, los vicios y las teorías nuevas de Europa; todos estos eran temas dignos del genio más grande, y Hamilton palpó claramente la importancia del movimiento. Creía que la empresa era de fácil realización, y que para llevarla á término serían suficientes diez mil hombres ayudados por los naturales oprimidos y por una marina competente. Esa fuerza habría bastado (así lo esperaba confiadamente), para que su nombre se designara por la posteridad agradecida con el título de *Libertador de la América Española.*»

II

En ejercicio de su cargo de vice-presidente de la república, Burr siguió presidiendo el senado, tocándole participar en el jurado del juez Chace, acusado de prevaricato y falta á sus deberes oficiales, y ora porque le corriera prisa de salir lo más pronto posible en busca de la aventura que tenía premeditada, ora porque le llegaran al alma las manifestaciones de desagrado que le hacían sus conciudadanos de New York y New Jersey, ¹ ello es que el sábado dos de marzo de 1806 se despidió de sus colegas los senadores y renunció su encargo, pronunciando en la ocasión un discurso tan elocuente, que *El Federalista* de Washington escribió que «la asam-

¹ Carta de Burr á su yerno, Joseph Alston, fecha 22 de marzo de 1805. Habla en ella con dolorosa ironía de que en New York se le había declarado exento de los derechos de ciudadanía y de que sus paisanos de New Jersey trataban de ahorcarlo en efígie.

blea entera había llorado, no siendo poderosos los senadores para reprimir sus lágrimas, pues más de media hora transcurrió antes de que llegaran á recobrase lo necesario para poder elegir un vice presidente temporal.»

Burr parecía muerto políticamente; pero él creyó que aquel letargo no era sino el preludio de una nueva vida, y satisfecho y seguro salió para el oeste con la intención aparente de pasar allá la primavera, pero, en definitiva, resuelto á intentar la conquista de México.

Este pensamiento ciertamente que no era nuevo para Burr: por el año de 1796, ¹ siendo John Jay gobernador de New York, el coronel Burr tuvo con él ciertas pláticas reservadas acerca de tal asunto. Burr expresó en aquellas ocasiones su opinión sobre la América española, que, en su concepto, podría ser fácilmente ocupada después de introducirse en ella la propaganda revolucionaria. Contestó Jay que precisamente lo atrevido de la idea podía ser parte para el logro completo de ella, pues en verdad que no le parecía impracticable; y desde entonces, hasta 1805, el ambicioso Burr no dejó un instante de pensar en la manera de llevar á cabo propósito tan arriesgado como peregrino.

Y en verdad que las circunstancias eran como mandadas hacer para la realización del intento: los Estados Unidos acababan de adquirir la Luisiana, y aquel traspaso, que señaló especialmente la administración de Jefferson, aumentó, si cabe, en los hombres del oeste, que se sentían más que nunca impulsados por su prurito de aventuras, el afán de poseer tierras. Y como si quisiera azuzarlos, impacientándolos, España dictaba cada día disposiciones más y más restrictivas en lo que á sus dominios tocaba. En 9 de enero de 1804 el comandante general de las Provincias Internas, don Nemesio Salcedo, ordenaba al gobernador don Antonio Cordero que no permitiera á persona nacida la entrada á Nueva España, pues los emigrantes sólo llevaban por objeto maquinar contra los dominios de S. M. C. ² El mismo Salcedo llegó á tal extremo, que en oc-

¹ Davis, *Memoirs of Aaron Burr*, tom. II, cap. XX, p. 376.

² *The Aaron Burr Conspiracy* by Walter Flavius Mc. Caleb, exquisito estudio que está basado en datos irrecusables y en fuentes antes no explotadas, y que me ha servido en gran manera para el conocimiento de lo que constituye la verdadera conjuración de Burr y sus trabajos respecto á México. Puede asegurarse con verdad, que antes del libro del Dr. Mc. Caleb, todo era tinieblas y confusión en esta materia, y que las ha venido á disipar el eruditísimo trabajo del historiador. A menudo citaré á Mr. Mc. Caleb, pues difícil sería decir las cosas con más tino y con más doctrina que los que él emplea.

tubre de 1805 se quejó á Iturrigaray contra la expedición de Lewis y Clark, que socapa, decía Salcedo, de descubrir las fuentes del Missouri, trataba en realidad de soliviantar á los indios aliados del Rey. ¹

En concepto de los empleados españoles, los Estados Unidos sólo se ocupaban en sustraer las naciones indias de la dependencia de España; para cuyo efecto fortificarían pronto el puerto de Natchitoches, hallándose ya en ese lugar las compañías americanas que se esperaban para guarnición. ²

Empeoró las cosas, si cabe, la ruptura de las negociaciones intentadas por los americanos para fijar los límites de la Luisiana conforme á sus ideas. En 24 de mayo de 1806 Fray Francisco Gil comunicaba á Iturrigaray que tomara todas las disposiciones necesarias para evitar cualquier atentado por parte de los americanos «pues han ya sido recibidos en audiencia de despedida los dos plenipotenciarios americanos, don Jaime Monroe y Mr. Pinkney.» ³

Más cundió la alarma al saberse que comisionados del Gobierno de Washington habfan hecho interrogar á los habitantes de Natchitoches acerca de si podían contar con ellos en el caso de una guerra contra España. En el mismo despacho se daba cuenta de la salida de una expedición de veinte hombres destinada á abrir un camino hasta el Illinois; expedición que se pensaba aumentar hasta el número de mil exploradores, que ganarían tres pesos diarios cada uno. ⁴

Las incursiones hacia el oeste desconocido iban creciendo en número é importancia. Irujo comunicaba que la comisión nombrada por el gobierno americano para explorar el Missouri había llegado á *esta* (¿Washington?) en noviembre de 1806 «atravesando por tierra 340 millas desde las márgenes de dicho río, habiendo vuelto á embarcarse en otro llamado Koskooske, brazo del Columbia, bajando todo este afluente y reconociendo el Océano Pacífico hasta la desembocadura.»

El marqués proponía que se formaran establecimientos en las márgenes del Columbia, «pues mucho abunda la caza en tales territorios y pueden exportarse las pieles á Filipinas, á cuyo efecto los

¹ Ib., pág. 12.

² M. SS. ARCHIVO NACIONAL. *Provincias internas*. Tomo 239, pp. 66 y 72.

³ M. SS. ARCHIVO NACIONAL. *Reales cédulas*. Tomo 195, pza. núm. 137, p. 284.

⁴ M. SS. ARCHIVO NACIONAL. Cordero á Salcedo, Bexar, 23 de noviembre de 1805. *Provincias internas*, tomo 239, pp. 74 y 76.

naturales de estas islas ó la Compañía Mercantil organizar á n e comercio con los naturales.» ¹

Los americanos se internaban en dominios españoles reconociendo el curso del Colorado hasta su origen, y los súbditos de Carlos IV se limitaban á «patrullar el terreno en question para... impedir que se hagan establecimientos en él.» ²

Hacía pública propaganda de sus doctrinas una junta llamada *Mexican Association* ó *Spanish Association*, la cual, con el pretexto de obtener datos y noticias acerca de las cosas del sur de los Estados Unidos, en realidad se ocupaba en dar á conocer las ideas nuevas entre los colonos españoles.

Cierto que se había obtenido la cesión de Luisiana y que con eso había terminado por el momento la causa de cualquier disputa, pero ¿cuáles eran, por el oriente, los límites de la provincia que había enajenado Napoleón? ¿Llegaban á Iverbille ó al Perdido? ¿Y por el oeste? ¿Se debía entender que el lindero se extendía hasta el Arroyo Hondo, hasta el Sabina ó hasta el Rfo Grande? ³

Mas á donde quiera que llegaran tales aledaños, había otra causa para que los occidentales consideraran la obra incompleta: los aborrecidos *dones* poseían casi todo el curso del Padre de las Aguas, los barcos de la gente del oeste no podían, sin pagar onerosísimas gabelas, pasar del límite que habían marcado los poseedores del gran río, y no era posible consentir, sin mengua de la honra, dejar tierras fértiles y enormes fuentes de riqueza en manos que no habían de explotarlas. «Estos republicanos, escribía en enero de 1805 á Iturrigaray el obispo del Nuevo Reino de León, se consideran dueños de toda la tierra hasta el Rfo Grande.»

Y la verdad es que ni estaba el virreinato apercebido para la defensa, y que en México no se conocía siquiera la extensión de los recursos de que, en caso ofrecido, podían disponer los enemigos. Hombres determinados, valientes, hechos á todas las fatigas, concedores del terreno, filibusteros sin escrúpulos y capaces de acometer las más locas empresas con tal que para ejecutarlas sólo se requirieran arrestos, bríos y perseverancia, aquellos *pionieers* no habían de prescindir fácilmente de su empeño, que se complacían en cubrir con colorido humanitario y civilizador.

«Si sobreviene una guerra, escribía Bradford, el director de la

1 M. SS. ARCHIVO NACIONAL. Iturrigaray á Cevallos, 20 de enero de 1807.

2 M. SS. ARCHIVO NACIONAL. Cevallos, por acuerdo de Godoy, el príncipe generalísimo, 24 de marzo de 1807.

3 Mc. Caleb, p. 10.

Orleans Gazette (24 de mayo de 1805), si sobreviene una guerra, España tiene todas las probabilidades de perderla y ninguna de ganar.... Por el oeste caerán en nuestras manos las Floridas, y por el suroeste Nuevo México con sus incontables riquezas: no tienen, en verdad, manera de oponerse á la invasión.... Nos dará esta guerra la llave de la parte sur del continente; y los soldados de la libertad, movidos por el fuego del 76 y por el genio de Washington, marcharán al combate, no para traer botín, sino para vengar los agravios hechos á su país y dar libertad á un nuevo mundo. La sangre inocente de los naturales, que tan pródigamente derramaron los crudelísimos Cortés y Pizarro, clama venganza todavía, y por ella desenvainarán la espada homicida los descendientes de Moctezuma y de Manco Capac.... tan pronto como se acerque el ejército salvador.... De este modo, bastarán diez y ocho meses para que dos continentes queden sujetos al dominio de nuestras leyes.»

Al leer esto, se ocurre preguntar por qué tan generosas disposiciones no se aplicaban á la emancipación de los pobres negros, que estaban á la vista de los declamadores, y que quizás eran propiedad de los que tan generosamente descaban libertar á gentes que nada les tocaban: hay que sospechar que esa filantropía sólo era el tapujo de apetitos menos puros y altruístas, ó que, por lo menos, como escribe el discreto Mc. Caleb, estaba mezclada en gran proporción con la concupiscencia de adquirir lo que poseía un soberano cuyas posesiones se codiciaban.

Cuando Burr llegó á Nueva Orleans, su situación era muy distinta que en el este. Mirábasele allí como al duelista afortunado, como el héroe de cien combates sangrientos y de cien luchas amorosas, como el político hábil y osado que se había opuesto bravamente á los hombres de la situación, y como el abogado diestro en las artimañas legales y en los recursos de la curia. Recíbesele con los brazos abiertos, danse comidas y fiestas en su honor y en ellas se habla sin recato de la salvación de la gente de raza española del *yugo ominoso* que la oprimía.

Trescientos eran al menos, los miembros de la *Asociación mexicana*; pero la ciudad entera, según dice el historiador Adams, simpatizaba con los conjurados y sin reserva se ponía de su parte; el secreto de la conquista de México no sólo se escribía en los papeles públicos, sino que andaba en todas las bocas considerándose la cosa más sencilla y natural del mundo.

Pertenecían á la Asociación John Walkins, jefe político de Nueva Orleans, y James Workman, magistrado del Tribunal. Daniel

Clark conocía el proyecto en todos sus pormenores y se había comprometido á anticipar cincuenta mil pesos para el logro de la obra. ¹

Este mismo Clark había estado en México en dos ocasiones distintas, celebrando conferencias con los oficiales de los regimientos de Nueva España y obteniendo la seguridad de la cooperación de éstos. También se había consultado al obispo católico de Nueva Orleans, y estaba listo para promover lo que fuera necesario. S. S. Ilma. designó á tres sacerdotes jesuitas como agentes muy apropiados para el trabajo, y se les empleó conforme á lo propuesto. El obispo era hombre muy culto é inteligente, había vivido en México y solía hablar con suma libertad del disgusto que reinaba entre el clero hispano americano.

De paso diré que era condición indispensable para la ayuda de los clérigos, que no se había de causar molestia ninguna á los institutos religiosos. También estaba en el secreto Madame Javier Tarejón, superiora del convento de Ursulinas de Nueva Orleans, que mandó á México algunas monjas de su religión. A reserva de las decisiones que se tomaron posteriormente, el desembarco debía efectuarse en Tampico. ²

Ya Burr tenía noticias de la mala voluntad de los clérigos hacia el gobierno, y ya sabía que si les conservaba intactas sus posesiones, los sacerdotes quedarían neutrales. Contaba, además, el nuevo Cortés, con las promesas de ciertos jefes de milicias españolas, para unírsele en masa tan pronto como apareciera en Texas, al frente de un regular cuerpo de tropas. ³

Esta participación de los eclesiásticos en el movimiento, no debe de haber sido mera invención de Burr. En 12 de mayo de 1806, el intendente Morales escribía desde Panzacola al virrey Iturrigaray: «Existe en Nueva Orleans un grupo considerable cuyo fin es revolucionar el reino de México; y en verdad que las condiciones de la frontera se prestan á maravilla para tal intento.» Hace saber luego que tenía noticias fidedignas de que se propagaba la revolución por medio de escritos y emisarios que circulaban de un extremo á otro del país. Había en el complot muchos eclesiásticos, y muchos súbditos habían sido ganados á las nuevas ideas. ⁴ Burr aseguraba que podía contar con muchos amigos en territorio es-

1 Davis, *Memoirs of Aaron Burr*, II, p. 381-382.

2 Davis, *Memoirs of Aaron Burr*, loc. cit.

3 Parton, *Life of Aaron Burr*, II, p. 58, 59.

4 Mc. Caleb, op. cit., p. 64.

pañol; *que no menos de dos mil sacerdotes católicos* estaban en el secreto y que á ellos se unirían todos los paniaguados de éstos. ¹

Los recursos de Burr eran muy escasos: ciento treinta hombres, según el autor de las *Memorias*, pero tenía la seguridad de aumentarlos en proporción grandísima aprovechándose del entusiasmo reinante. El general Andrew Jackson se había ofrecido á reunírsele, acompañándolo con toda su división; «Adair no iría en persona, pero alistaría un respetable contingente.» ² Se le habían incorporado también veintisiete jóvenes de las principales familias de Pittsburg, algunos de ellos con el consentimiento de sus padres y debido á la influencia del general Neville. ³ Miles de aventureros estaban prontos á alistarse bajo las banderas del jefe popular....

El pretexto ostensible para empezar la aventura filibustera consistía en lo siguiente: el gobierno español había donado un millón doscientos mil acres de tierra en la Washita ó Cuachita, región situada en la parte sur de Oklahoma, regada por el río de su nombre y capaz de comunicarse fácilmente con el Mississippi. El coronel Lynch había comprado las seis décimas partes de la concesión en cantidad de cien mil pesos, que no había podido pagar íntegramente, si bien la tierra estaba poblándose ya con rapidez. La mitad de los derechos de Lynch pasó á Burr por cincuenta mil pesos, de los cuales no había dado el adquirente más que cinco mil pesos al contado, si bien interesando en el asunto á muchos de sus amigos y partidarios, de los mismos que Hamilton llamaba mirmidones de Burr. ⁴

El astuto coronel pensó que la situación de su heredad lo favorecía en extremo para su proyectada conquista, pues no sólo podía servirle de refugio en caso de un descalabro, sino aprovecharle grandemente para intentar un golpe de mano contra México, y para justificar la actitud de colonizador que pensaba asumir, pues la concesión vecindaba Kansas, Colorado, el Territorio indio, Nuevo México y Texas.

¹ Mc. Caleb, op. cit., p. 90.

² Jenkinson, *Aaron Burr*, p. 350.

³ Mc. Caleb, op. cit., p. 81.

⁴ Davis, *Memoirs of Burr*, II, p. 380.

III

Pero no se limitó la diligencia de Burr á procurarse amigos y valedores que le ayudaran con su persona ó con su dinero; recurrió, además, á otro arbitrio que se le figuró el más agudo y discreto que podía pensar conspirador alguno, y fué hacer que lo ayudaran á su empresa y la costearan con su dinero los mismos que iban á ser perjudicados con ella.

En 29 de marzo de 1805 ¹ decía á Lord Harrowby el ministro inglés, Antony Merry, acreditado ante el gobierno de los Estados Unidos: «Mr. Burr me ha asegurado que los habitantes de la Luisiana parecen dispuestos á independerse de los Estados Unidos, y que sólo se han detenido en la ejecución de su buen deseo por la dificultad de obtener de alguna potencia extranjera la ayuda que han menester á fin de concertarse con los demás vecinos de los estados occidentales, que deben, al cabo, de tener algún influjo sobre ellos por causa de los ríos que los comunican con el Mississippi. . . . Mr. Burr me ha asegurado que no obstante que casi todos los habitantes de la Luisiana son de origen francés ó español. . . . por clarísimas razones prefieren la ayuda de la Gran Bretaña á la de Francia; pero que si el gobierno de S. M. no juzga conveniente escuchar su propuesta, se dirigirán á Francia, la cual, por circunstancias especiales que se reservan, estará pronta á auxiliarlos del modo más cabal»

Continúa el ministro dando á conocer la buena voluntad de Burr para enviar, si es preciso, comisionado suficientemente instruído que trate el asunto en Londres, y declara así la parte substancial de las propuestas. ² «Por lo que á auxilio militar se refiere, dice que les bastarán dos ó tres fragatas é igual número de navíos pequeños que se estacionen en la desembocadura del Mississippi para impedir los bloqueen las fuerzas que envían los Estados Unidos, y para mantener expeditas las comunicaciones con el Océano. Es todo lo que necesitan. Por lo que á dineros se

¹ Mc. Caleb, op. cit., p. 20.

² Mc. Caleb, op. cit., p. 23.

refiere, les sobraría con un préstamo de cien mil libras para los primeros gastos de la empresa, si bien todavía no pueden hablar con absoluta seguridad tocante á esta espinosa materia.»

Por lo que hace á la manera de arbitrarse los fondos, el desenfadado coronel sugiere una que se le figura excelente: los Estados Unidos tienen que enviar á Inglaterra doscientas mil libras en el mes de julio inmediato; bastaría con que la mitad de esa suma se aplicara á obra de tan perentoria utilidad como la propuesta, y nadie podría darse cata de la ayuda que había prestado la madre patria á los insurrectos del oeste.

Lisonjeaba á la Gran Bretaña nada menos que con la expectativa de que, una vez separada Luisiana y realizada la independencia de los estados del oeste, los del este se segregarian sin tardanza de los del sur, «quedando de este modo destruída virtualmente la inmensa potencia que ahora empieza á levantarse en el hemisferio occidental.»¹

Por último, á punto de salir Merry de Washington² recibe la visita de Burr, quien vuelve á insistir en su empresa amenazando con cederles la gloria y los provechos que resultaran, á Francia, á España ó á ambas; pero si ni ellas aceptaban, la obra se ejecutaría sin auxilio extraño y en plazo brevísimo.

Mas como si no bastara aquella intriga, Burr imaginó otra que se le figuró todavía más aguda y sutil que la que le había servido para el ministro inglés: se había enviado á Nueva España una comisión que llevaba consigo instrumentos geográficos destinados á observaciones, se habían solicitado pasaportes para diferentes individuos, y lo que era más grave, en periódicos y conversaciones se hablaba sin recato de la expedición filibustera que había de encabezar el revoltoso coronel.

Por de pronto la aventura le parece quimérica y ridícula al ministro español, marqués de Casa Irujo: se trataba solamente, según comunicaba este diplomático al ministro Cevallos en 5 de agosto de 1805, de explotar el candor del ministro inglés.³ Pero por los fines de ese año visitó en Filadelfia al marqués el ex-senador Johnatan Dayton, gran amigo y conmlitón de Burr.⁴ Empezó por inquirir si resultaría pesado para S. M. C. galardonar con treinta ó cuarenta mil duros á quien le llevara noticias ciertas acerca de las cosas que tramaban los enemigos del nombre espa

1 Mc. Caleb, op. cit., p. 48.

2 Mc. Caleb, op. cit., p. 69, 70.

3 Mc. Caleb, op. cit., p. 39.

4 Mc. Caleb, op. cit., p. 54.

ñol en América. Irujo aseguró que su amo era liberal y que el denunciante podía abrirsele confiadamente, seguro de una buena recompensa. Dayton habló entonces del propósito de separar de la Unión los estados del oeste y de invadir las Floridas y el reino de la Nueva España, mediante el auxilio que en dinero y barcos proporcionara Inglaterra. El alzamiento estallarfa en febrero ó marzo de 1806, y el gobierno americano ni tenía noticias de los acontecimientos, ni podía impedirlos, dada su falta de recursos.

Exageró Dayton los de Burr, dijo que la costa de Pánuco estaba designada para el desembarco, y aseguró que eran muchos los parciales con que los filibusteros contaban en Texas, á donde mandaban constantemente emisarios que los tuvieran al tanto de las novedades del virreinato.

Irujo no echó en saco roto las noticias de Dayton y pensó en aprovechar su oficiosidad de *delincuente honrado*, como le llama en sus despachos; pero á poco el intrigante, de seguro asesorado por Burr, cambió de táctica y convino en que el jefe de la conspiración lo había facultado para decirle que España no tenía que afligirse por sus colonias: al contrario, podía creer en la sincera y cordial amistad de los separatistas; en lo relativo á límites, todo se arreglarfa á placer del gobierno de Carlos IV; y en lo que á las Floridas tocaba, las cosas no sufrirían mudanza, pues aparte que Burr y los suyos deseaban la amistad de España, á sus intereses convenfa que una potencia extraña tuviera posesiones en los estados del oeste y los de la costa atlántica. ¹

Irujo consideraba excelente la oportunidad que se presentaba de destruir el poder «colosal que se desarrollaba, como quien dice, á la puerta de las más preciosas é importantes colonias» españolas y urgfa porque se facilitara á Burr el auxilio que pedfa, pues Inglaterra ó Francia podían ganarle á España por la mano. Y tanta era la ceguera del torpísimo diplomático, que todavfa en noviembre de 1806, ² cuando era de pública notoriedad que la expedición conquistadora debfa tomar tierra en Veracruz, ³ escribfa confiadamente á Cevallos (noviembre 7 de 1806), que sólo se trataba de independer varios estados y formar una república del oeste con Burr á la cabeza; por lo cual bate palmas, advirtiendo que sólo por un exceso de precaución habfa indicado algunas medidas de cuidado al gobernador Folch, de la Florida occidental.

1 Mc. Caleb, op. cit., p. 60.

2 Mc. Caleb, op. cit., p. 92.

3 Mc. Caleb, op. cit., p. 86.

No llegó el arbitrista Burr á obtener el medio millón de duros que decía necesitar y que Irujo le habría entregado caso de tenerlo á su disposición; pero Dayton sí recibió mil quinientos pesos, quedando el marqués obligado por otros mil y una pensión anual de mil quinientos pesos. La pensión no se acordó, pero sí recibió el que el ministro llamaba *delincuente honrado*, otros mil pesos y algunos gajes más. ¹

El marqués de Irujo explicaba así su intervención en el asunto: «Con esta fecha escribo á los Gobernadores de ambas Floridas lo que sigue:—«En el mes de Diciembre del año próximo pasado manifesté al Exmo. Sor. Don Pedro Cevallos se fraguaba aquí una conspiración á cuya caveza se hallaba el último Vice Presidente de los Estados Unidos, con el obgeto de separar de la union los Estados del Oeste, y que entrava en las ideas de los conspiradores hacer una expedicion contra México, y aún eventualmente apoderarse de las Floridas, y todo con el obgeto de hacer más popular el estado de cosas que se proponían establecer allí, y atraer á sus banderas todos los espíritus inquietos y ambiciosos de este país excitando su ambicion por la perspectiva de las minas de México; informé tambien á la Corte había sabido que el coronel Burr no solo se había dirigido al Ministro inglés en solicitud de que su corte apoyase este plan, sino que había enviado tambien un agente á Londres para el mismo obgeto. El Gobierno Ingles no entró en estas ideas, y los conjurados se vieron precisados á limitar las suyas al plan primitivo de la emancipacion de los Estados del Oeste. Quando por la muerte de Pitt se formó en Inglaterra una nueva Admon., entiendo que Burr había renovado sus propuestas á aquel Gabinete. Qual haya sido o sea el obgeto de este último paso me es enteramente desconocido, solo si se me aseguró confidencialmente que el coronel Burr había abandonado las ideas de estas expediciones, y que su obgeto estaba concentrado en la revolucion ó separacion de los Estados del Oeste. Para este efecto partio de aquí á principios de Agosto ultimo y supe que antes de su partida había organizado en parte los medios que debían servirle para executar y consolidar su empresa, disponiendo secretamente un acopio de Armas, víveres y otros efectos de esta naturaleza, como igualmente el enganche de aventureros en varios estados que deben unírsele en Marieta en todo el mes de Diciembre. Las diligencias que ha practicado desde que se halla en los estados del Oeste á fin de preparar los medios de excutar su plan exi-

1 Mc. Caleb, op. cit., p. 68.

taron la atención de este gobierno, rezeloso ya de sus intenciones, así por avisos anteriores que había recevido, como por las sospechas que excitaban los movimientos del Coronel Burr.» 1

IV

Estas diligencias eran, por decirlo así, exuberancias del genio maleante de Burr, muestra de su deseo de llevar á cabo una intriga artística, un *bellissimo inganno* á la italiana; la parte sustancial de la empresa estaba vinculada en el cumplimiento de tres condiciones que parecían de segura realización:

La ayuda del general James Wilkinson.

La guerra con España.

La complicidad del gobierno de los Estados Unidos.

Wilkinson había sido nombrado gobernador del territorio de Orleans, recién adquirido. Según Burr, era Wilkinson quien había concebido primero la idea de la conquista de México; según Wilkinson, 2 que en toda esta intriga se reveló el más hábil y afortunado de todos los pícaros que en ella tomaron parte, había conocido á Burr en la época en que éste servía lealmente á su país y ejecutando las hazañas que lo hicieron tan famoso; siendo aquél vice-presidente de la república, le indicó la conveniencia de escribirle en clave y él aceptó figurándose que se trataba de cosas del servicio; pero tan pronto como llegaron á su poder cartas enigmáticas, alarman-tes y comprometedoras, Wilkinson, sin vacilar, había delatado el movimiento al presidente de la república.

Burr dice lo contrario: uno de sus más ardientes partidarios era Wilkinson, 3 quien á la hora que se proclamara la guerra contra España estaba pronto á salir con seiscientos veteranos que tenía listos, yendo Burr á su zaga con la gente colecticia que alcanzara á reunir.

Wilkinson negó constantemente su culpabilidad; pero fueron tales las pruebas que en su contra se acumularon, sobre todo en el

1 M. SS. ARCHIVO NACIONAL. Provincias internas, tomo 230, exp. 30, p. 404.

2 Wilkinson. *Memoirs of my own-times*, t. II, caps. VIII, IX y X, passim.

3 Davis, *Memoirs of Burr*, II, p. 380.

virulento alegato de Daniel Clark, *Proofs on the corruption of General James Wilkinson*, y frescamente por el Dr. Mc. Caleb, que ya no debe caber duda de la duplicidad del gobernador de Luisiana.

La guerra con España era cosa segura para Burr y sus amigos. 1 Parton dice que «todos los milicianos se ocupaban en hacer sus aprestos y se hallaban prontos para cuando se les llamara al campo.» En un banquete público que en Nashville se dió en septiembre de 1806, Jackson desarrolló el viejo tema de brindis: «millones para la defensa; ni un maravedí para tributo.» El mismo Jackson lanzó, en octubre de 1807, una proclama en que luego de hablar de la amenazante actitud de los españoles, «acampados ya dentro de los límites de nuestro territorio,» pedía que la tropa estuviera lista para cumplir con su obligación.

De acuerdo con ese belicoso temperamento, Jefferson expidió una proclama (3 de diciembre de 1805) que rezaba así: «No han tenido resultado satisfactorio las negociaciones que con España iniciamos para el arreglo de las mutuas diferencias. Se rehusa aquella potencia á satisfacer perjuicios sufridos por nosotros durante la pasada guerra, de los cuales, por cierto, se ha confesado responsable, á no ser en circunstancias tales que afectan otras reclamaciones que no están en modo alguno ligadas con aquéllas. Mas aún, ha aplicado prácticas idénticas á la guerra actual; por cierto que los daños llegan ya á una suma crecida. Nuestro comercio que transita por el Mobila continúa obstruído por gabelas arbitrarias y vejatorias inspecciones, y no se ha accedido á nuestra propuesta de ajustar legalmente los límites de Luisiana.

«Mientras las cosas se ponen en claro, hemos evitado tomar violentamente posesión de nuestros puestos en los territorios disputados, pensando que la otra potencia contendiente no nos obligaría á hacer un ejemplar empeñando conflictos de autoridad cuya terminación no se puede fácilmente preveer. Pero como no ha sido así, razón nos asiste para disminuir nuestra confianza. Se han hecho incursiones dentro del territorio de Orleans y Mississippi, se ha capturado á nuestros ciudadanos arrebatándoles su propiedad en los mismos lugares que España había abandonado, é interviniendo para perpetrar tal abuso soldados y dependientes de aquel gobierno. Por eso al fin he creído necesario ordenar á las tropas que guarnecen la frontera, que estén prontas para proteger á nuestros nacionales y para repeler con las armas cualesquiera agresiones en lo futuro.....»

1 Mc. Caleb, op. cit., p. 81 y sig.

Seguía hablando de los agravios, confesaba que muchos de ellos podían arreglarse por amistosos convenios, pero que, en cambio «algunos no tenían más solución que la fuerza;» mencionaba las fortificaciones, artillería y demás preparativos que estaban pendientes y concluía por tratar del levantamiento de un ejército de 300,000 soldados, compuesto principalmente de mozos entre los diez y ocho y los veintiséis. ¹

La famosa *Orleans Gazette*, que llevaba siempre la voz de aquel absorbente *jingoísmo*, decía en 23 de septiembre de 1806: «Hemos sabido con gusto que al fin ha resuelto el gobierno rechazar por la fuerza las agresiones de nuestros enemigos: en verdad que los hemos tolerado más de lo que puede exigirse al humano sufrimiento. El periodista se las prometía felices, asegurando no sólo el vencimiento de los españoles, sino la necesidad de perseguirlos por largo trecho; y continuaba: «Confiadamente podemos esperar que nuestro presidente, que tanta parte tuvo en la independencia de los Estados Unidos, acogerá presuroso y satisfecho la propicia oportunidad que se le presenta de otorgar á nuestros oprimidos hermanos de México los bienes inestimables de la libertad que nosotros gozamos. Esta es la ocasión de distinguirse, bizarros luisjanese. Si los esfuerzos generosos de nuestro gobierno se logran cumplidamente, qué envidiable va á ser la situación de Nueva Orleans. Siendo el depósito de los incontables tesoros del sur y de la inagotable fertilidad de los estados del oeste, pronto rivalizaremos con las ciudades más opulentas del mundo.»

Que el gobierno de los Estados Unidos no veía con malos ojos el auxilio que le prestaran voluntarios animosos y que nada le costaran, se cae de su peso; pero cuando la combinación estaba en sazón y á punto de lograrse la desgracia un hecho impensado.

Los españoles estaban acampados en Nacogdoches bajo las órdenes de don Antonio Cordero; ² cuatrocientos hombres más, que mandaba don Simón de Herrera, se hallaban en Arroyo de Piedra. Al llegar Wilkinson á Natchitoches no trató con Herrera, sino directamente con Cordero, declarando de plano que era americano el territorio que poseían los españoles; manifestó que el presidente le había ordenado considerar el Sabina como límite temporal de los Estados Unidos, y que trataría á toda costa de llevar á cabo aquella determinación expeliendo por la fuerza á los invasores.

¹ *A compilation of the messages and papers of the presidents*, vol. I, p. 384, 385, fifth annual message, 3 december 1805.

² Mc. Caleb, op. cit., p. 132

La respuesta de Cordero, el jefe supremo, estaba concebida en los términos que debía esperarse: había recibido órdenes para sostener el punto, y no lo abandonaría sino mediante nuevas instrucciones que comunicara el comandante general de las Provincias Internas, don Nemesio Salcedo, á quien ya había escrito sobre el caso

Pero el veintisiete de septiembre, ¹ mientras Burr presidía el banquete de Nashville y la muchedumbre aplaudía ruidosamente el brindis de Jackson: «para la defensa millones, ni un maravedí para tributo;» mientras el ejército americano ardía en deseos de probar su acero en pechos enemigos, y Jefferson esperaba tembloroso la noticia de la ruptura, Herrera, de propia autoridad, dispuso la retirada y la bandera española ondeó por última vez en Arroyo de Piedra. Había pasado la crisis.

Y es lo curioso que aquel paso arriesgado de un subalterno trajo para España un doble y excelente resultado: evitar una guerra en que probablemente no habría llevado la parte mejor, y sentar que el Sabina había de considerarse el límite de los Estados Unidos, alejando por entonces cualquier pretensión á Texas, que muchos americanos creían comprendida en la *Louisiana-purchase*.

Aquella tan atrevida como inesperada determinación ¿se debía tan sólo al buen deseo de Herrera, á sus propósitos de paz y á su buena voluntad á los americanos? Los documentos que se conservan en nuestro Archivo Nacional van á darnos completa razón de lo acontecido.

El secreto se supo guardar tan bien, que la GACETA DE MÉXICO podía lanzar esta chistosa gasconada en su número de cinco de noviembre de 1806. «*Sobre las noticias que se han divulgado de nuestras Provincias internas, se halla en papel público de los Estados Unidos: Nueva Orleans 2 de octubre*. Las cartas recibidas en este día de Naches y del fuerte Adam, dicen que se han hecho todos los preparativos necesarios para ir al frente de los Españoles y rechazarlos del terreno que usurpan. El resto de las tropas arregladas por el Coronel Kingsburry ha dejado en el fuerte Adam, partió ya para Nacuiteches bajo el mando del Capitán Spararks. El Mayor Fernando, y L'Claiborne le aguardaban de un instante á otro (cuando el correo partió del fuerte Adam) con los Dragones del Capitán Farrar. Un destacamento de Milicias también estaba en marcha para Nachitoches, dirigiéndose por los Rapides.

¹ Mc. Caleb, op. cit., p. 134.

No se duda que para el día de hoy haya habido *derramamiento de sangre* si los españoles no han retrocedido ó dejado libres aquellos puestos. (Gazeta de Orleans.—Monitor de la Luisiana, N. 655). —*México 5 de Noviembre*. Nadie duda de que si estas fuerzas que citan los colonos se hubiesen determinado á introducirse en los dominios del Rey de España, conseguirían (aunque vertiéndose sangre, como ellos dicen) rechazar las pocas tropas que había allí, y apoderarse de campos solitarios; pero ya estas medidas serán infructuosas respecto de las que ha tomado el Comandante de Provincias internas D. *Nemesio Salcedo* para inutilizar esta injusta tentativa. Tenemos la satisfacción y confianza de que á este Jefe le asiste, además de sus conocimientos militares, un espíritu sobresaliente: que están adornados de lo mismo sus oficiales subalternos el Coronel D. Antonio Cordero, Gobernador de Texas, el Teniente Coronel D. Simón de Herrera, el Ayudante Inspector D. Francisco Viana y otros, á quienes ha mandado varias tropas, cuyos soldados tienen dadas también sobradas pruebas de su valor: en suma, si los Colonos intentan (acaso por travesura) la hostilidad que se proponen, pueden tal vez retirarse con demasiado escarmiento.—Lo diremos más claro—*con los cascotes machacados. . . .*»

Pero en verdad que las cosas no andaban tan bien como presumía el gacetero virreinal. El comandante general Salcedo oficiaba á Iturrigaray (3 de diciembre de 1805) pidiendo que enviara violentamente á Cordero ochocientos hombres de tropa sobre los setecientos con que ya contaba; para lo cual proponía sacar, en caso de urgencia, los que fueren menester de las provincias de Chihuahua y Sonora; pero, como esas tierras, á su vez, quedaban desguarnecidas, solicitaba seiscientos hombres de caballería, uno ó dos oficiales del cuerpo de ingenieros, quince ó veinte hombres del cuerpo de artillería y el número de cañones volantes que fuere posible. ¹

«V. E. se hará cargo, continuaba Salcedo, de que debiendo verse la enunciada Provincia de Texas como el territorio más expuesto á ser invadido en las novedades del día, no debe mi cuidado descansar un momento hasta ponerla en el pie de defensa que requiere la conducta y poder del Gobierno Americano, pues aunque lleve mi consideración hasta la incertidumbre del resultado de todos sus preparativos, teniendo los antecedentes que V. E. no ignora, de la posibilidad de un rompimiento, jamás en un suceso adverso creería haber satisfecho lo que debo al Rey, ni cubierto mi responsabilidad,

¹ M. SS. ARCHIVO NACIONAL. Provincias internas, t. 239, pp. 73 y 80.

si prevalidado de haber apurado los arvitrios de este mando omitiese impetrar de V. E. los demás auxilios que con tanto fundamento considero necesarios.»¹

La situación era apurada en verdad. En la provincia de Texas había setecientos hombres por todo auxilio; y el territorio comprendía «el dilatado espacio de trescientas leguas que corre la frontera de los Estados Unidos sobre la provincia de Texas, y ciento cincuenta de costa.»²

La respuesta de Iturrigaray fué verdaderamente desconsoladora. «Luego que recibí, dice, la carta de V. S. de 3 de Diz. último, en que me pidió 600 hombres de Cavallería, uno ó dos oficiales de Ingenieros, y 15 ó 20 hombres de artillería y el núm.º de cañones volantes que me fuere posible, dispuse que me diesen los informes convtes. sobre la facultad ó dificultad que hubiera para proporcionar esa gente, y lo correspondiente á Art. á los Sres. Comte. de dho. R. Cuerpo, y de la 10a. Brigada de Milicias, ps. qe. en cuanto á los oficiales de Ingenieros me veo absolutamente imposibilitado de hacerlo respecto qe. solo hay cuatro en el distrito de mi mando.

«He recibido ya aquellos informes, y de ellos resulta qe. sin desatender la defensa de la Colonia del N. Santadr. y del Nuevo Reyno de Leon no se pueden facilitar los 600 hombres respecto que son muy pocos mas los que en ambas se hallan armados, pero en el caso de ser preferente reformar á Texas lo sería tambien verificarlo con Tropas Mejicanas de la Colonia y Nuevo Reyno en cuyos parajes hay formados dos cuerpos de 300 hombres entresacados de las Compañías sueltas; que no parece verosímil que los Estados Unidos emprendan desembarco en las costas de la Colonia dejando á sus espaldas lo de Texas, pero que como las conjeturas en tales casos son demasiado falibles tampoco se puede confiar que no sucedera, ni opinar que la Colonia no necesita guarnicion por esta razon.

«El Sor. Comdte. de Artillería dice que no solamente no puede facilitar oficiales de Artillería sino que es necesario que se le auxilie con los primeros del exercito y que costara trabajo el completar todos los que falten de los segundos: Que algunos cañones volantes podrían removerse pr. Mar á la Bahía de Sn. Bernardo, pero teniendo presente que en dicha Bahía solo hay de 5 á 6 pies de fondo, y que debiendo ir dhos. cañones con sus municiones y todos los

1 M. SS. ARCHIVO NACIONAL. Provincias Internas, tomo 239, pp. 73 y 80.

2 M. SS. ARCHIVO NACIONAL. Salcedo á Iturrigaray, Chihuahua, 23 de diciembre de 1805. Provincias Internas, tomo 239, exp. 30, p. 26.

útiles necesarios pa. el servicio es preciso construirlo todo y esto demanda trabajo y tiempo, pues no se puede desmembrar nada de lo q.^e corresponde al tren volante de Vera Cruz conservándolo con el mayor cuidado por si se presentase el Enemigo.

«Manifiesto á V. E. todo lo referido en contestacion á su citada carta y á la posterior de 23 del mismo q.^e acavo de recibir, p.^a su inteligencia y govno; añadiendo que siempre franquearé á V. S. quantos auxilios fueren posibles, p.^o que al mismo tiempo es preciso se haga cargo de las atenciones q.^e demanda Veracruz y sus costas laterales en toda su estension, y la necesidad de que acuda yo oportunamente a su defensa y resguardo como puede suceder sin todos los auxilios y medios que exigen y son precisos acomodando y conuinando mis disposiciones a los nuevos recursos con q.^e cuento y de q.^e sea suceptible el actual estado de las cosas de este Reyno.» ¹

Y los preparativos de los filibusteros no sólo eran conocidos, sino que se exageraban grandemente. El ministro Caballero escribía á Iturrigaray (Aranjuez, 24 de marzo de 1807) que el gobierno americano pretendía á viva fuerza tomar las posesiones españolas; que se preparaban en el *Quintoqui* 15,000 cazadores que invadirían á Texas, y que ya era, como quien dice, propiedad de los colonos del Norte la margen izquierda del Sabina, de la cual se habían apoderado los americanos sin que pudiera impedirlo el fuerte de Nacogdoches por falta de caballos, víveres y otros recursos. ²

En tales circunstancias no se ocurría más que á remedios de estampilla, á frases hechas que en nada aligeraban la situación. Cuando se comunicaba que había reunidos en Natchitoches 7,000 hombres y 20 cañones, la respuesta era: «que el comandante general ocurra al virrey para la defensa: que obre siempre con la prudencia y precaucion que exige el crítico estado de las cosas, y en caso de no confiar en la defensa de todo el territorio, abandone lo menos util antes de exponerse al desaire de una retirada en que las tropas prevenen desgracias.» ³

«..... no caben más medios que los conocidos y posibles en nuestra situacion, y llevando por cierto el principio de que el vecino no nos es amigo, debemos procurar la defensa como si efecti-

1 M. SS. ARCHIVO NACIONAL. Provincias internas, tomo 239, exp. 3, pp. 82 y 83.

2 M. SS. ARCHIVO NACIONAL. Cédulas Reales. Cédula núm. 113, p. 174.

3 M. SS. ARCHIVO NACIONAL. Caballero á Iturrigaray. Aranjuez, 7 de mayo de 1807.

vamente estuvieran invadidas nuestras posesiones, sin decir desconfianza ni dejar de tenerla.»¹

Conocemos la versión de los jefes españoles acerca de la retirada de Herrera. «El general americano Wilkinson hizo intimación para que las tropas de su majestad se retiraran de la otra parte del río Sabina y para ello se puso en marcha dicho general con el Ejército de su mando en número de seis mil hombres de Infantería, Caballería y tren correspondiente de Artillería, pasando los límites de Arroyo-Hondo, y colocando destacamentos avanzados en los puestos que juzgó á propósito.

«Las tropas del Rey se disponían á atacarlas, pero reflexionando el Comandante, D. Simón de Herrera, que sólo tenía trescientos hombres disponibles, se resolvió á suspenderlo y dar cuenta al Gobernador de la Provincia, conservando, sin embargo, su posición: El Gobernador de Texas le contestó, en cumplimiento de lo prevenido por el Comandante General, se mantuviese en observación de los movimientos de los americanos, sin dar paso que pudiese calificarse de hostilidad, y que procediese á mantener bajo este principio el decoro de las armas del Rey, si notaba provocación de parte de aquéllos.

«El general americano, bien fuese por el recelo del vigor con que podría ser recibido por nuestras tropas, prácticas en aquel terreno, ó porque recibiese otras instrucciones, consecuentes á la carta escrita por el Comandante General el 16 de Septiembre al Gobernador C. Clayborne, y de la que no había tenido contestación; propuso al Comandante español retirarse sus tropas de Arroyo-Hondo siempre que las nuestras repasasen el Sabinas, quedando las cosas *in Estatuquo* sin pasar unos y otros los límites indicados hasta que la cuestión quedase terminada y resuelta por los Gobiernos respectivos; y convenidos en esto se verificó la retirada de los americanos sin esperar la contestación del Comandante General de la Provincia, mediante las convenciones que particularmente hizo el Comandante de nuestras tropas.

«Repite Salcedo la escasez de tropas, y auxilios de toda especie de que necesita para oponer una fuerza vigorosa y capaz de contener á los americanos, según ha manifestado anteriormente.

«Sin embargo de este extraordinario incidente, dice Salcedo que no innova las disposiciones de defensa que había noticiado á S. A. S. anteriormente, relativas á la permanencia de las tropas reu-

¹ M. SS. ARCHIVO NACIONAL. Reales Cédulas, vol. 198. Caballero á Iturrigaray, 16 de abril de 1807.

nidas en determinados puntos de la frontera, pues además del respeto que causarían á los revolucionarios, podrían obrar según conviniese en caso de ser atacado el Reino de Nueva España.»

La resolución era de lo más vago, pero también de lo más desconsolador: podían haberla firmado conjuntamente Demócrito y M. de la Palisse:

«En vista de todo se ha servido el Sermo. Príncipe Generalísimo Almirante resolver: Que desde esta distancia no es posible detallar las marchas y movimientos de las tropas; pero suponiendo nuestra prudente desconfianza que si el enemigo puede ofendernos, no perdonará ocasion y medio; deben tambien hacerse mayores nuestros aprestos y diligencias, siguiendo el movimiento del enemigo para burlar sus ideas por posiciones del Exército.»¹

Y tan ocultos quedaron los móviles de aquella retirada, que al visitar las Provincias Internas el famoso viajero Zebulon Montgomery Pike, escribía este sabrosísimo trozo publicado años después:

«Contaba don Antonio Cordero cosa de cincuenta años de edad, era de cinco pies seis pulgadas de estatura, blanco y de ojos azules; el cabello lo llevaba echado hacia atrás, y en cada prenda de su traje se dejaba ver que era un soldado. Robusto de constitución, su cuerpo no parecía fatigado por las muchísimas campañas que había hecho ni desfigurado por las numerosas heridas que había recibido de mano de los enemigos de su rey. La corte de Madrid lo había escogido entre muchos oficiales para enviarlo á América con el fin de disciplinar y organizar las milicias, y había servido ya en casi todos los reinos y provincias de Nueva España. Era universalmente querido y respetado, y sin duda el personaje más popular de las Provincias Internas. Hablaba bien latín y francés; era generoso, caballeresco, valiente y de verdad adicto á su rey y á su patria. Debido á tales partes había llegado á adquirir el grado de coronel de caballería y gobernador de las provincias de Coahuila y Texas.

«Don Simón de Herrera mide cosa de cinco pies once pulgadas de altura, ojos negros resplandecientes, piel morena y cabello oscu-

¹ M. SS. ARCHIVO NACIONAL. Reales Cédulas, 1807, tomo 198, Cédula n.º 194, f. 305.

Sobre lo desguarnecido de la provincia de Texas y los cuidados que con razón inspiraba á sus guardianes, pueden verse en el Archivo Nacional los M. SS. de *Provincias Internas*, tomo 201, 5 de abril de 1810 (Bonavia á Salcedo), y despachos subsecuentes sobre estado de tropas, plan de defensa, exploraciones y fortificaciones. Véase asimismo, en el propio volumen de *Provincias Internas*, la larguísima nota de 25 de abril de 1810 (Salcedo á Bonavia).

ro. Nació en las Islas Canarias; sirvió en la infantería en Francia, España y Flandes; habla con perfección el francés y conoce algo de inglés. Es agradable conversando con sus iguales y correcto y comedido al tratar con sus inferiores; en los actos todos de su vida es uno de los sujetos más bizarros y bien criados que yo haya visto. Conoce bien á los hombres por haber morado en varios países y sociedades, y sabe emplear, según conviene, las aptitudes de sus subordinados.

«Vivió en los Estados Unidos durante la presidencia del general Washington, fué presentado al héroe, y siempre habla de él en los términos de la más exaltada veneración. Ahora es teniente coronel de infantería y gobernador del Nuevo Reino de León. La capital de su gobierno es Monterrey, y si hubo alguna vez un gobernante querido de sus administrados, sin duda que este lo fué Herrera. Al terminar su período salió para México acompañado por trescientas personas de las más respetables en su distrito y llevando consigo los sollozos, lágrimas é imploraciones de muchos millares de otras que pedían continuara en el gobierno.

«Creyó prudente el virrey acceder temporalmente á tales deseos, á reserva de que el monarca confirmara ó no el nombramiento. Cuando yo estuve allí, Herrera llevaba ausente cosa de un año, y durante ese tiempo las gentes de arraigo en Monterrey no habían querido que se efectuara un solo matrimonio ó bautizo en sus familias, esperando que tornara el padre común y consintiera en dar con su presencia lustre y alegría á tales ceremonias. ¿Qué prueba mejor podía darse de estima y consideración á un hombre?

«Si quisiera bosquejar un paralelo entre los dos amigos, diría que Cordero era hombre de más letras y Herrera de más mundo. Cordero, vive soltero hasta ahora. En su primera mocedad, Herrera casó en Cádiz con una dama inglesa, y por la suavidad de su trato la señora es tan querida y estimada de las mujeres como lo es de los hombres su noble esposo: tiene de ella varios hijos, uno de los cuales ya le sirve al rey actualmente.

«Los dos amigos se hallan conformes en un punto: su odio á la tiranía y su secreto propósito de no consentir que caiga esta parte tan floreciente del Nuevo Mundo en las manos de otro amo que no sea el que su honor y lealtad han jurado defender, consagrándole vidas y haciendas.

«Quizás valga la pena hacer notar, continúa Pike, que al general Herrera le debemos el no estar ahora guerreando con España; cosa que se comprobará por la anécdota siguiente, que me re-

lató en presencia de su amigo Cordero y que éste confirmó en todos sus puntos.

«Al comenzar las dificultades en el Sabina, el comandante general y el virrey se consultaron, disponiendo de mutuo acuerdo mantener intactos los dominios de su amo común. El virrey ordenó á Herrera que se incorporara á Cordero con 1.300 hombres; y tanto el virrey como el general Salcedo le dispusieron á aquél que atacara á nuestros soldados si llegaban á pasar el Rfo Hondo. Tales preveniciones se reiteraron á Herrera, actual comandante del ejército español en las fronteras, y dieron origen á los muchos mensajes que éste envió al general Wilkinson, cuando nuestras tropas seguían su camino de avance; pero mirando no se detenan éstas, convocó un consejo de guerra para saber si debía ó no acometer.

«Fué opinión del consejo que debía comenzarse una guerra de guerrillas, pero evitándose siempre una acción decisiva.

«Mas á pesar de las órdenes del virrey, de las del comandante general Cordero y de la opinión de sus subordinados, tuvo la firmeza y temeridad de pactar con el general Wilkinson el arreglo que existe hasta el presente acerca de límites en la frontera. Al volver, fué recibido por Cordero con suma frialdad, dando ambos cuenta á sus superiores de lo que habían ejecutado.

«Mientras no tuve la respuesta, dice Herrera, pasé los días más amargos de mi vida, pues si estaba seguro de haber servido fielmente á mi patria, también lo estaba de haber violado los principios de la disciplina militar.

«La contestacion llegó al fin, dándole las gracias el virrey y el Comandante General por haber desobedecido sus órdenes, y asegurándole que recomendarían al rey sus servicios en los términos más calurosos. Yo no sé cuál haya sido la causa de tal cambio, pero la carta se publicó y la confianza quedó restablecida entre los dos jefes y sus tropas.»

En su sexto mensaje anual, de 2 de diciembre de 1806, dirigido al Senado y á la Cámara de Representantes, el Presidente Thomas Jefferson decía: ¹ «Habiendo recibido noticia de que un gran número de sujetos particulares combinaba en cierta parte de los Estados Unidos una expedición ilegal contra territorios que pertenecen á España, creí necesario, así por una proclama como por órdenes especiales, tomar medidas para impedir y terminar la empresa arrestando y sujetando á procedimientos judiciales á los jefes y fautores.»

¹ *A compilation of the messages and papers of the presidents*, vol I, p. 406.

En 22 de enero de 1807 el mismo Presidente decía ¹ en un mensaje especial: «Obsequio gustoso el deseo de la Cámara de Representantes, que se me comunicó por resolución de 16 del corriente, suministrando, bajo la reserva necesaria, los informes con que cuento acerca de una combinación ilegal de individuos privados contra la paz y seguridad de la Unión, y de una expedición militar por aquéllos dispuesta contra el territorio de una potencia que está en paz con los Estados Unidos; así como de las medidas que he dispuesto para reprimir una y otra.»

En seguida pasa á explicar el Presidente cómo empezó á recibir primero denuncias que se le mandaban bajo la forma de cartas que «constituyen legal y formal prueba;» pero sin que el estado de las cosas le consienta decir todavía los nombres de los comprometidos, «exceptuándose el actor principal, cuya culpabilidad no admite discusión.» «El primer móvil del complot, continúa el Presidente, lo era Aaron Burr, en otro tiempo distinguido con el favor de su patria.» Hace saber luego cómo en octubre de 1806 comenzó á darse cuenta de los fines de la conspiración; pero estos eran tan confusos y estaban envueltos en tal misterio, que no se podía obtener materia para una querrela.

Pensó mandar un agente confidencial que averiguara lo que acontecía; pero los sucesos se precipitaron, y pudo saberse que ya estaban en conserva muchos barcos, se hacía acopio de provisiones para ellos é intrigaban en el Ohio y sus aguas muchas gentes peligrosas. Previno Jefferson al general Wilkinson que se pusiera de acuerdo con el comandante español del Sabina para caer sobre los rebeldes desde la parte acá del Mississippi para la defensa de los puntos interesantes de dicho río.

Un agente de Aaron Burr había sido comisionado para sobornar á Wilkinson explicándole los propósitos de los conjurados, exagerando sus recursos y haciendo ofrecimientos tales en ganancias pecuniarias y en mando, que otro que no hubiera sido el fiel gobernador, que poseía á carta cabal «el honor de un soldado y la fidelidad de un buen ciudadano,» las habría aceptado sin vacilar.

Lo que Aaron Burr tramaba era nada menos que separar de la Unión todos los estados más allá de los montes Alleghany y una invasión de México. Para el efecto había «colectado en cuantos lugares contaban con influencias él ó sus seides, á todos los truhanes violentos, furiosos y desalmados que están siempre dispuestos para empresas análogas; y seducido á varios excelentes ciudadanos

¹ *A compilation of the messages and papers of the presidents*, vol I, p. 412 y siguientes.

asegurándoles que contaban con la confianza del gobierno y su secreta ayuda.»

Refiere cómo fracasó el complot, el éxito que habían obtenido los conjurados; y concluye anunciando que en el juicio que se efectuará á poco estarán garantizados suficientemente los intereses de la sociedad y los de los presuntos culpables, por la presencia de las más elevadas autoridades judiciales.....

El plan consistía en reunirse á los conjurados el 1.º de noviembre; salir el 15 de Ohio Fall acompañados de 500 ó 1,000 hombres y llegar á Natchez, Mississippi, del 5 al 15 de diciembre, reuniéndose allí con el general Wilkinson.

Harrman Blennerhasset, irlandés de nación, hombre de algún talento, de pocas luces, de escasísima prudencia y de ninguna habilidad, estaba metido de hoz y coz en la conjura, é impaciente de que aquélla se llevara á cabo y de atraerle simpatizadores, escribió en los periódicos de la región, con el pseudónimo de *Queerist*, muchos artículos en que hablaba franca y desembozadamente de dividir la Unión y conquistar á México.

Pero á principios de octubre las cosas empezaron á tomar cariz tan alarmante, que un grupo de ciudadanos se reunió en junta en Wood county, W. Virginia,² á fin de deliberar acerca del «misterioso y verosímilmente traidor designio de Burr y Blennerhasset.» Las resoluciones que se tomaron en la reunión dan á conocer cuál era el estado de los ánimos: se acordó reunir un cuerpo de voluntarios, coleccionar armas, publicar artículos en los papeles públicos, constituirse en junta permanente y, sobre todo, protestar formal acatamiento á la Constitución de los Estados Unidos y someterse á las autoridades que aquélla establecía.

Blennerhasset tuvo lenguas de lo que se tramaba, supo que, sin darse cuenta de ello, había revelado el complot á un enviado presidencial que se decía John Graham, supo de la expedición de la proclama de Jefferson, y supo, sobre todo, que había órdenes para prenderlo y secuestrar los aperos de la expedición, y salió de escapada en compañía de su familia, seguro, como dice el refrán español, de que más vale salto de mata que ruego de buenos.

Ni los cinco mil, ni siquiera los mil ó los quinientos desesperados que se decía estaban comprometidos, ni los caballos, ni las armas, ni el dinero que se debía afrontar para aquella conquista que iba á borrar los rastros y á emular las hazañas de la de Cortés, llegaron á tiempo de utilizarse, si acaso los había. Mississippi abajo sa-

1 *Historic Blennerhasset island home* by Alvaro F. Gibbens, p. 23.

2 *Historic Blennerhasset island home* by Alvaro F. Gibbens, p. 26.

lió la flotilla compuesta de trece botes, inclusive los que llevaban al jefe reconocido.

Se capturó á los expedicionarios en Arroyo de Piedra, á treinta millas de Natchez; á Aaron Burr se le condujo hasta Washington, donde el populacho quedó prendadísimo de su audacia y desenfado, siendo la resolución del jurado que lo juzgó «que tras el examen que de las pruebas se había hecho, resultaba que Aaron Burr no era culpable de ningún crimen ni delito contra las leyes de los Estados Unidos.»

El sutil tramposo estaba libre, pero no seguro; pues de mano del Presidente había una orden para *to take the body of Aaron Burr, alive or dead, and to confiscate his property*.¹ El ex-vicepresidente anduvo fugitivo muchos días; pero al fin fué detenido por el capitán Gaines, llevado al fuerte de Stoddard y después á Richmond, donde debía juzgársele.

Saliendo de la serranía, al entrar á los caminos más frecuentados, pasaron por Chester, Carolina del Sur, cerca de una posadilla donde estaban reunidos unos cuantos vecinos. Burr pensó aprovechar la oportunidad para una escapatoria, saltó violentamente de su caballo y dió una gran voz diciendo: «Yo soy Aaron Burr, que vengo detenido militarmente, y reclamo la protección de las autoridades civiles.» Perkins, así se llamaba el conductor, echó también pie á tierra y poniéndole á Burr la pistola en la sien, con malos modos le ordenó que montara de nuevo. Burr cerdeaba desconfiado; pero Perkins, que á cuenta era hombre brusco, lo cogió por la cintura y lo puso á horcajadas en la silla, un soldado tomó las riendas y la expedición se metió bosque adentro antes de que hubieran podido discernir la significación del caso los atónitos campesinos que lo presenciaban.

«La indiferencia de la gente, dice el puntualísimo historiador Parton, el mal trato que sufrió, la idea de su inocencia y la violación de ley que importaba el triunfo de sus enemigos, todo se vino á las mientes de Burr y lo anonadó. Por primera vez, después de todas sus desgracias sin ejemplo, su voluntad de hierro lo abandonó por un instante y lloró amargamente . . . » Que era lo que había hecho su antecesor, Cortés, aunque, por cierto, en coyuntura algo más apretada que aquella.

El sábado 26 de marzo llegaron á Richmond el prisionero y sus custodios, y el lunes inmediato compareció aquel ante el Presidente de la Suprema Corte de Justicia, que lo era el famoso John Mar-

1 Todd *The true Aaron Burr*, p. 39.

shall; había sido puesto en libertad bajo fianza, y después de tres días de debates se le declaró culpable sólo de un *misdemeanor*, (delito de menor cuantía) aunque el juez dispuso que se le juzgara por crimen de alta traición.

El gran jurado empezó el 22 de mayo de 1807, y fué uno de los más famosos que ha habido desde aquel tiempo, por el crimen que se atribuía á los acusados, por la categoría del principal de entre ellos, por el número y calidad de los defensores, por la importancia de los testigos, por la inmensa cantidad de gentes—damas, sobre todo,—que ocurrieron á presenciar los debates, y por el tiempo que éstos duraron, que no fué menor de cinco semanas.

Al fin el gran jurado determinó juzgar á Aaron Burr y Blennerhasset por *indictement* de traición, y, después de muchas peripecias, el 31 de agosto declaró «*Decimos nosotros, los que formamos el jurado, que de las pruebas que hemos examinado Aaron Burr no aparece culpable del delito que se le imputa.*» Era aquella la absolución por falta de pruebas (*scotch verdict*) y Aaron Burr y sus defensores se esforzaron por obtener un fallo de simple inculpabilidad, que al fin se otorgó tanto en lo que tocaba al cargo principal como en los accesorios.

Al leer en qué consistía la acusación, ocurre preguntar si realmente Aaron Burr era tan culpable como se le ha supuesto. Claro que si sólo hubiera tratado de conquistar á México no tendría sobre su cabeza el cargo de traición que se le acumula; pero como procuró fraccionar la Unión y encender una guerra civil, llevó mucho tiempo y lleva todavía un sambenito que apenas ha conseguido quitarle la habilidad de sus apologistas, que son muchos y excelentes.

Según Irujo, con quien están conformes historiadores tan serios como Adams, era el plan de Burr introducir á la capital federal un buen número de sus sicarios, sorprender al Presidente, al Vice-Presidente y Presidente del Senado, disolver el gobierno y apoderarse del dinero que se hallara en los bancos de Washington y Georgetown, y del arsenal de Eastern Branch. Aprovechándose de la consternación que sobrevendría, el nuevo Catilina entraría en arreglos con los estados; pero, si como parecía probable, no lograba sostenerse en Washington, quemaría los buques de guerra que se encontraran en el Navy Yard, menos dos ó tres fragatas, en las cuales se haría á la vela para New Orleans, donde proclamaría la independencia de Luisiana y del oeste.¹

También asegura Irujo que era el designio de Burr «disolver el

1 Mc. Caleb, op. cit., p. 59.

Congreso, matar al Presidente ó á quien hiciera sus veces y ponerse él mismo á la cabeza de un gobierno fuerte.»¹

Los Morgans sostuvieron (y casi fueron los únicos testigos de cargo) que el osado coronel pensaba nada menos que en tomar á Washington con doscientos hombres, á New York con quinientos y en echar al Potomac al Presidente y al Congreso.²

Baladronadas eran estas, como observa Mc. Caleb, más dignas del entendimiento huero del barón de Munchausen, que de hombre cuerdo y bien equilibrado como Burr lo era sin duda; y la prueba de que lo que perdió el famoso filibustero fué sólo su afán de obtener auxilios extraños, de querer costear la expedición con el dinero de sus enemigos, en suma, el pasarse de listo, es que el único documento importante que en su contra se presentó es la famosa carta de 29 de julio de 1806 que no contiene nada que se refiera á traición. Unicamente hay en ella un párrafo³ que puede aplicarse á la expedición de México: «está lista para recibirnos la gente del país á quien vamos á salvar. Sus comisionados, que nada menos ahora están con Burr, dicen que si se protege su religión y no se les sujeta á un poder extraño, en tres semanas pondrán á aquél en el mando. Los dioses os llaman á la gloria y á la fortuna. . . .»

Como se ve, no hay nada que haga relación á los tenebrosos intentos que tanto han ennegrecido la memoria de Burr, y ocurre preguntar por qué causa Jefferson, que era un político agudo, no permitió que su enemigo se alejara á una expedición en que encontraría la ruina ó quizás la muerte, y cuando, si la empresa se lograba, serían sus resultados en detrimento de España, el eterno enemigo, y en favor de los Estados Unidos.

La respuesta la hallamos en las siguientes líneas que parecen inspiradas en el conocimiento exacto de los hechos.⁴ John Smith, senador por Ohio y que fué detenido por complicidad con Burr, dijo en conversación á sus amigos que, antes de que los trabajos de Burr llamaran la atención, Mr. Jefferson tuvo con él (Smith) una entrevista privada en que le interrogó acerca de si era amigo de oficiales españoles en Luisiana y Florida. Como Smith respondiera afirmativamente, le dijo que parecía inevitable una guerra con España, por lo cual convenía estar al tanto de la opinión de aquellas gentes acerca de los Estados Unidos, y el grado de confian-

1 Mc. Caleb, op., cit. p. 62.

2 Mc. Caleb, op. cit., p. 76.

3 Wilkinson, *Memoirs*, II, p. 317.

4 *Burnet's Notes*, p. 264.

za que en su buena voluntad se podía abrigar para el caso que estallara la contienda entre los dos países. Le suplicó que las visitara para informarse de aquellas cosas, Mr. Smith cumplió con el encargo y á su vuelta pudo comunicar á Jefferson que, tanto el gobernador como los empleados inferiores y los habitantes en general, no sólo eran partidarios de los Estados Unidos, sino que estaban deseosos de anexarse á este país. Esto pasaba en la primavera anterior al «mensaje de guerra,» que se envió al Congreso en diciembre de 1805.

«Aunque era confidencial el dicho mensaje, pronto estuvo al cabo de su contenido el cuerpo diplomático residente en Washington; por lo cual el embajador francés recibió órdenes de Napoleón, su amo, para informar al gobierno americano que Francia tomaría parte, en unión de España, en cualquier disputa que ésta pudiera tener con los Estados Unidos. Y es histórico que, después de la intimación, se abandonó el proyecto de guerra contra España, que se había comunicado en mensaje confidencial, y al que había hecho clara referencia el Presidente, lo cual coincidió con las medidas que se tomaron para atajar los movimientos de Mr. Burr.»

El mensaje de Jefferson debe de haberse conocido en Francia en principios de 1806; el embajador ha de haber recibido las instrucciones y hecho su intimación á mediados de ese año, y concuerdan así perfectamente el veto puesto contra la expedición de México, el encarcelamiento y juicio de Burr y sus cómplices, y los designios de Napoleón contra España, la cual quería no quedara desmembrada ni reducida en sus posesiones ultramarinas, ya que el gran capitán tenía dispuesto agregarla al imperio.

Y resultaría un caso curioso y digno de noticia: los realistas americanos creían que el Emperador de los franceses era el enemigo jurado de los reyes de España, y en puridad era su defensor, su fiel aliado y su amigo aunque con la mira puesta en la península, caso que tales cosas sean verdad.

Y parecen serlo, porque las confirma un fragmento de una carta de Jefferson, escrita á raíz de los sucesos. 1 «Nación ninguna ha sido para con otra más pérfida é injusta que España con la nuestra; y si hasta ahora hemos conservado quietas las manos, *ha sido por respeto á Francia y por lo mucho en que tenemos su amistad.* Aguardamos por eso de la buena voluntad del Emperador que ó bien *obligará á España á hacernos cumplida justicia ó que nos la abandonará sin reservas.* Sólo un mes pedimos para posesio-

1 Jefferson á James Bowdoin, ministro de España, abril 2 de 1807, Jefferson, MSS.

narnos de la ciudad de México. No puede haber prueba más clara de la buena fé de nuestra nación, que el vigor con que obró y los gastos que hizo para sofocar la intentona que recientemente meditaba Burr en contra de México; y aunque primeramente ideaba la separación de los Estados del oeste y para tal fin obtuvo auxilios de Irujo (pues tal es el modo ordinario de obrar de ese pueblo para con nosotros) pronto pudo convencerse de que no había manera de quebrantar la fidelidad de las gentes de esa región, por lo cual todos sus esfuerzos los enderezó contra México; *empresa que es tan popular en este país, que nos habría bastado dejar á Burr en libertad para que hubiera conseguido partidarios con que llegar á la ciudad de México en seis semanas»*

La expedición de Burr lograda, México en poder de americanos en 1807, los Estados Unidos guerreando con Francia por proteger la conquista de los filibusteros del oeste, el gran ejército al lado de las milicias provinciales por defender los territorios del rey de España. ¿Cual habría sido en tal caso la suerte de México, la suerte de España, la suerte de Estados Unidos y la suerte del mundo? *Celá fait songer*, como decía M.^{me} de Sevigné.

V

No conozco los primeros despachos en que se haya noticiado la tentativa de Burr al virrey y autoridades de Nueva España. El que inserto enseguida parece ser consecuencia de otros que habían mediado sobre la materia y se halla en una comunicación que el marqués de Irujo dirigía á don Joseph Vidal, comandante del puesto de Nacogdoches: «Me consta que Burr y sus secuaces, entre ellos personas de algun caracter, han reclutado en varios parages del Ohio de toda Casta de gentes, ofreciendoles por el término de seis meses 15 ps. mensuales y 200 asps. de tierra en el Rio Colorado que desagua en el Misisipi. A mi bajada de Fort Pitt he visto algunas de esas gentes y lanchas con dos proas en que debian baxar y tambien observe que los vecinos de aquellos estados estaban sobre las armas para impedir su paso dorn. del Presidente. No obstante logró Burr pasar con 80 hombres embarcados

en Chalan y cuatro barcos de la construcción que llevo dicho llegó á Naches donde fué arrestado por la autoridad civil y baxo fianza se le permitió estar libre deviendo ser juzgado en todo el termino de la semana presente. Es mi opinión que el resultado será ponerlo en libertad y que luego para mejor disfrazar sus malevolos proyectos vendra á establecerse en Wahita en las Tierras que compró de un tal Baron de Bastrop y allí hacerse fuerte á medida que vayan llegando sus partidarios hasta tanto que se juzgue capaz de poner en planta sus planes, que se pueden inferir se dirijan á disturbar la tranquilidad de estos Paises con miras hostiles. Me han informado personas fidedignas del Naches que Burr se explicó declarando que el Gral. Wilkinson es el primero de la caveza de este secreto Plan, que según dize tiene principio de quince años á esta p.^{te} y que viendo ahora este Gl. que la cosa mudava de aspecto contrario, había cambiado de sentimientos para hacerse lugar con su Gobierno y con nosotros.—Este es el lenguaje que públicamente usa el tal Burr y el mismo que la mayor parte de la gente creyó y que yo no dificulto.—Dice tambien dho. Burr que el referido General tiene ya recibido como cien mil duros para la execución de este plan cuya suma con otra más considerable le ha sido enviada por individuos de este Reyno de México. Lo que me consta es que el Baron de Bastrop esta sospechado por sugetos de caracter en el Naches de hallarse complice en los proyectos de Burr, por diferentes circunstancias que dan indicios vehementes del fundamento de estas sospechas, y aunque no obstante no son concluyentes. Es notorio sin embargo que Bastrop es amigo de Burr que le vendió al parecer entre él y un tal Moorhouse sugeto de la más mala conducta que estuvo condenado á ser ahorcado en los Estados Unidos por falcificar Villetes de Banca las Tierras del Washita; que dicho Baron está indiciado considerablemente, y que proyecta planes que jamás pondrá en ejecución por falta de credito, á no ser que otros sugetos los emprendan en su nombre.—Esta es la situación que publicamente se delata de este Baron y que yo solo menciono repitiendo lo que ha llegado á mi noticia.—Es tambien del caso insinué á V.^{md} que será preciso si lo estimare por conveniente estar en la mira de quanto Extranjero se pueda introducir en estos parages, aunque pretexten y aparenten negocios muy distintos de los planes de Burr.»¹

O Irujo había abierto los ojos, y arrepentido de su vieja credulidad recaía en el más absoluto escepticismo, ó le había hecho com-

1 M. SS. ARCHIVO NACIONAL. Provincias internas, tomo 239, E. 3, fs. 44.

prender la verdad el gobierno de Madrid; ello es que refería así el juicio de Burr y la actitud del gobierno americano:

«En estas circunstancias, las únicas medidas que ha podido tomar este Gobierno, han sido de entrar en un acto de acusación, en el Tribunal de Frankford contra el citado Coronel Burr especificando en él el procurador del distrito el doble objeto de las miras de Burr; pero este proceso según acabo de saber no ha sido más que una farza pues Burr queda en la misma libertad de obrar que antes, y una proclamación del Presidente de los Estados Unidos, en que por motivos que podrían comprometer su popularidad, y por miedo del citado Coronel Burr ni se atreve á mencionar su nombre ni su proyecto de desmembrar la unión sino menciona únicamente que se ha descubierto la existencia de una conspiración contra Mexico é intima á los Ciudadanos de estos Estados se abstengan de entrar en ella, y que por el contrario denuncien al rigor de las leyes á los que sepan implicados en este atentado. Como estoy persuadido que estas medidas débiles de un Gobierno más débil todavía no contrarrestan la ejecución de los planes de Burr, y como nunca me inclino á creer que su único objeto es la de la separación de los Estados del Oeste, con todo, en la incertidumbre de las verdaderas miras de este hombre peligroso y emprendedor, me ha parecido prudente informar á V. S. de todas estas circunstancias para su gobierno, en el supuesto de que me consta empiezan ya á baxar de los Estados del Oeste algunos abentureros para reunirse al citado Coronel y que hacia el 23 del mes pasado había en Pittsburg unos cien de ellos preparándose para baxar al Ohio. También me hallo informado que tres de los amigos íntimos de Burr, y que deven hacer papeles principales en sus operaciones cualesquiera que sean, están para embarcarse de un día para otro para la Nueva Orleans.»—Aunque tengo motivos fundados para creer se hallará V. S. informado de estos antecedentes, quizás con más detalles y pormenores que lo executo á hora pr. no dejar á la casualidad, me ha parecido propio hacer á V. S. estas comunicaciones debiendo añadirle que requiere de parte de V. S. y en toda esa frontera la mayor vigilancia.»¹

La intervención de las gentes del oeste y la popularidad de la aventura *burrista* no dejaban de preocupar al de Casa Irujo, pues escribía así al respecto:

«Tengo razones para considerar como muy probable se ha intentado y se intentará poner en los intereses de Burr las tropas al

1 M. SS. ARCHIVO NACIONAL. Provincias internas, tomo 239, exp. 3, fs. 40.

mando del General Wilkinson. No puede calcularse qual puede ser el exito de esta tentativa; pero si aquellas tropas deslumbradas por la oferta de paga y ración doble, y sobre todo por la perspectiva de las minas de México que deven aguzar tanto su codicia, entrasen en cuerpo de las miras de Burr, y se viesen reforzados por tres ó quatro mil aventureros, las consecuencias podrian ser de alguna seriedad. Por otra parte, si para realizar sus miras mas á su salbo se prometen verificarlas ensarzando en guerra las dos Naciones, veran al modo de cometer alli algunas hostilidades ó las aconsejaran á nuestra parte. » 1

VI

Al quedar Burr quitto de culpa y pena salió para Europa; desembarcó en el puerto de Falmouth y se encaminó á Londres, á donde llegó felizmente en 16 de julio de 1808. Llevábale al antiguo mundo el deseo de conseguir que algún gobierno europeo —Francia ó Inglaterra— le ayudara á libertar México del poder de España y libertarse él mismo de los crueles y tenaces acreedores que le habían causado múltiples desazones, entre otras, rematarle su hermosa casa de Richmond Hill.

Cuatro años, de 1808 á 1812, viajó por Inglaterra, Escocia, Suecia, Alemania y Holanda, padeciendo hambre y frío, sujeto á terribles privaciones, pero sin abandonar su pensamiento de conquistar á México. Cuántas veces el pobre aventurero debe de haberse comparado con Colón en lo miserable y en lo ambicioso, y cuántas ha de haberse sentido desanimado al ver que los hombres á quienes ofrecía un mundo nuevo, le volvían desdeñosos la espalda. 2

El día que él llegaba á Londres, entraba á Madrid José Bonaparte, y la noticia casi equivalía al derrumbamiento de todas sus espe-

1 M. SS. ARCHIVO NACIONAL. Provincias Internas, tomo 239, E. 3, fs. 43.

2 Es curioso que uno de los intentos que con mayor constancia persiguió Burr haya sido aprender el español, de seguro para comunicarse con sus futuros súbditos; si bien parece haber hecho pocos progresos en la materia. Su diario (recientemente publicado en Rochester, N. Y., por William Samson, y distinto casi en todo del incorrectísimo que en 1838 sacó de estampa Davis), en

ranzas. Burr no podía dirigirse al gabinete inglés, porque éste había decidido firmemente consagrarse á la defensa de los reyes destronados y no había de ser quien contribuyera á que se menoscabaran los derechos de aquéllos; en cuanto á Napoleón, que consideraba á Nueva España parte de sus dominios, locura habría sido pedirle que se desprendiera de lo más floreciente y saneado que poseía ó pretendía poseer.

Por disposición del ministerio, Burr tuvo que salir de Londres, y se hallaba en Gotinga cuando supo una noticia que mucho le halagó: «*El emperador consiente en la independencia de México y de las otras colonias españolas;*» y añade el desenfadado coronel, por vía de comentario: «¿Por qué no hizo el diablo que me dijeran esto hace dos años?»

Alentado por la noticia habló al duque de Cadora, escribió al rey de Westfalia, quien, como se sabe, estuvo casado con una americana, la Señorita Patterson, y era muy conocido en América; defendió su pleito ante el duque de Otranto; pero ni el ministerio de relaciones dió importancia á los planes del soñador, ni el rey Jerónimo estaba en París, ni Fouché dijo una palabra que pudiera tomarse como expresión de la voluntad del que era entonces amo indisputable de Europa y del mundo.

Su tema constante era acercarse á Napoleón, hablarle y decirle sus planes; estaba seguro de convencerlo, de arrancarle su consentimiento y su protección, de arrastrarlo sin remedio á la empresa de México. Para alcanzar su deseo se convirtió en eterno pretendiente, en habitante de antecámaras y galerías. ¡Qué memoriales escribió, qué cartas compuso, qué trazas imaginó, qué planes tenía ideados; pero ni planes, ni cartas, ni memoriales sirvieron de nada ante la enemiga infatigable del gobierno de Jefferson, servida á maravilla por su representante en París,¹ Jonathan Russell. ¡México ha sido abandonado! exclamó al fin en carta á su hija; y tras mil peripecias regresa á su tierra á terminar obscuramente su vida, que Jefferson había pintado de mano maestra: la de un «hombre pequeño en las cosas grandes, y grande en las chicas.»

Para aquel hombre arisco y altanero, que no admitió nunca su-

que apuntaba todo, desde sus gestiones cerca de los príncipes, hasta sus digesiones de los almodrotos nacionales, contiene notas como ésta: «*Parted at the Pont desarts, he to go on some errand, I to come Home; but went round by Viol; out, Read two hours in my S'p' grammar' Made caf blanc. . . .* Asimismo hay noticias de conferencias con españoles, de pesquisas sobre cosas de México, etc.

¹ Parton, *Life and Times of Aaron Burr*, II, p. 201 y sig.

misión ni sintió medrosidad, y que miró siempre al mundo con ademán de reto, su hija fué un suave electuario que sin falta curó todas las llagas de su larga y aventurera vida; no de otro modo en los picos más agrios y en las cimas más elevadas de las crestas alpinas, crece oculta y modesta la florecilla azul del *elderweise*, encanto de los ojos é imán constante del arriesgado viajero, que por conquistarla suele perder hasta la vida.

Durante todas sus luchas, Aaron Burr pensó en el bienestar de su Teodosia, y puede asegurarse que tanto como sus peticiones con Jefferson ó con Hamilton le preocuparon los estudios de la rapaza, su destino en la vida y las cosas todas que le concernían.

Contribuyó á hacerla humanista, teóloga, política y entendida, como seguramente lo fueran pocas mujeres de su tiempo, «en eso que llaman razón de estado y modos de gobierno.» Tanto le preocupa que su hija empiece el aprendizaje del griego como que no escriba *acurate* por *accurate*; *laudnam* por *laudanum*; *intirely* por *entirely*, por más que advierta que esta última palabra se mira de las dos maneras, si bien la segunda es la más propia.

Véase el plan que le propone para distribución de un día:

«Plan del día 16 de diciembre de 1793.

«Aprendí doscientas treinta líneas, con las cuales terminé, el Horacio. Omití el Terencio, dejando la gramática griega para mañana.

«Practiqué dos horas, menos treinta y cinco minutos que dediqué al descanso.

«Hewlet, maestro de baile, no vino hoy.

«Ayer comencé con Gibbon, y á mi parecer requiere por lo menos tanto estudio y atención como Horacio; no pondré, pues, su lectura entre los meros divertimientos.

«Patiné una hora, dí veinte caídas y noté la ventaja de tener la cabeza y los miembros duros.

«Mamá está mejor; comió con nosotros á la mesa y todavía se encuentra sentada y sin sentir dolor.»

Participó Teodosia de la suerte de Aaron en todas las coyunturas adversas ó favorables, y su matrimonio con Joseph Alston, gobernador que fué de la Carolina del Norte, no disminuyó, sino que confortó los lazos entre el padre y la hija. Burr y los dos casados se consultaban todos los pasos que el primero había de dar en asuntos políticos, se hacían recomendaciones cariñosísimas y vivían en constante comunidad de ideas y de sentimientos.

Al lado del filibustero se sentó Teodosia durante los días críti-

cos del juicio de Richmond, y su mirada suave y blanda debe de haberlo alentado, cuando no le infundía esperanzas de buen éxito su voz serena y persuasiva.

El destierro de Aaron fué una positiva desgracia para su hija: al saber que se hallaba pobre y abandonado, expuesto á ir á la cárcel por deudas de dos ó tres duros y constreñido á residir en Inglaterra por disposición de los que allá mandaban, ha de haber más de una vez lanzado el apóstrofe que el padre lanzó al abandonar aquel país de proscripción. «Sacudo el polvo de mi calzado y me alejo de tí, tierra maldita, *insula inhospitalibilis*, como se te llamó 1800 años ha.»

Siniestras visiones empezaron á perturbar el claro entendimiento de la hija de Burr, y en carta dirigida á su marido habla con toda claridad de su muerte y otorga sus últimas disposiciones seguras de pasar pronto á mundo mejor.

A Aaron le sorprendió la noticia de la muerte de su nieto, el hijo de la bella dama, niño extremadamente precoz y destinado por los suyos nada menos que á ser el sucesor de Burr en el trono de México. Dispúsose que la cuitada señora pasara á New York á vivir algún tiempo al lado del desengañado pretendiente; pero sin que se sepa cómo, Teodosia desapareció misteriosamente, quizás en una tempestad en el mar, quizás á manos de piratas, quizás en una rebelión de los marinos que tripularon el barco. Apenas si años después se encontraron reliquias de la infeliz, presumiéndose que su altanera belleza fué pasto de la lujuria de gentes desapoderadas que no llegaron á dolerse de la discreción, ni del talento, ni de la desgracia de la pobre é infeliz señora.

Tanto amaba aquélla á su padre, que solía mirarlo con «mirada de humildad, admiración, reverencia, amor y orgullo y que más bien habría deseado no haber venido á la vida que dejar de ser hija del padre.»

«Al convencerme de su muerte, escribía el triste aventurero, el mundo se convirtió para mí en un erial y la vida perdió todo su valor.»

Valetudinario, achacoso, con la mitad del cuerpo presa de la parálisis, pero con el entendimiento expedito y firme, Aaron Burr llegó á los ochenta y tres años lleno de melancolías y desabrimientos y sin más aliciente que el de enseñar el manejo de la lengua inglesa, en que había sobresalido, á unas niñas de quien fué apoderado judicial.



Theodosia

VII

Cualquiera pensará que Burr trataba de emancipar á México del *ominoso yugo* de rúbrica para plantear una república más liberal, perfecta y bien ordenada que la americana; pero no habría nada más falso que tal suposición: Burr quería ser rey ó emperador de México y fundar una dinastía.

Burr tenía como punto de mira á México, «que es uno de los países más bellos y ricos del mundo;»¹ Burr «iba á ser rey de México y Mrs. Alston (Teodosia Burr) sería la *reina de México* cuando el coronel muriera. Muchas fortunas había hecho para otros; pero ahora iba á levantar la suya. Contaba con numerosos partidarios en tierra española; nada menos había comprometidos más de dos mil sacerdotes católicos romanos que no tardarían en reunirse con sus amigos.»

Decía el *Western World* que el proyecto del coronel Burr era muy amplio de suyo, pues no sólo afectaría los intereses de la región oeste de los Estados Unidos, sino el mundo todo. «La revolución en las provincias españolas de Norte América, continuaba, traerá otra en Sud América, y si todas esas tierras incorporadas á los estados del oeste de la Unión se organizaran en la forma de imperio que encabezara hombre de la habilidad y la inteligencia del coronel Burr, presentaría un fenómeno que en la historia política del mundo apenas sería igualado por el moderno imperio de Francia.»

El famoso jurista Jeremías Bentham, que en su tiempo tuvo una inmensa fama como reformador del sistema legislativo y, sobre todo, del derecho penal, fué amigo de nuestro conquistador y en sus memorias escribió lo siguiente: «De esta manera conocí al coronel Aaron Burr: había él dado orden á un librero para que le remitiera cuantos libros míos se publicaran; entonces era yo apenas conocido; pero tal paso indicaba de sobra conformidad entre sus ideas y las

¹ Burr á Smith; Octubre 26 de 1806. *Senate Reports* en Mc. Caleb, p. 89.

más . . . Realmente pensaba en hacerse emperador de México, me indicó que yo debía ser el legislador de aquel país y que enviaría un buque de guerra para conducirme

Me pareció hombre de prodigiosa intrepidez, y nada menos tenía ideado, caso de que su proyecto fracasara en México, proclamarse rey en los Estados Unidos. Decía que los mexicanos lo seguirían como una manada de gansos.»¹

Tanto gustó el proyecto al sábio inglés, que seriamente llegó á pensar en mover sus penates á las altiplanicies mexicanas, no llevando á cabo su deseo sólo por la oposición de sus amigos y por las dificultades de la traslación. Decía en carta de 31 de octubre de 1808, dirigida á Lord Holland: «Tan molesto me siento con el frío de nuestros inviernos ingleses, que gran parte del tiempo que debía emplear en menear la péñola lo paso pensando en el frío y procurando, aunque en vano, evitar la desagradable sensación que produce Ojos y pies riñen constante batalla por el calor; éstos nunca tienen bastante; aquéllos no desean tener nada—nueva edición de la parábola de los miembros. México, según el parecer de autoridades públicas y privadas, posee un clima en que se evitan tales cosas: la temperatura es á gusto del interesado; si se necesita calor, se baja unas cuantas varas; si frío, se sube otras pocas.»

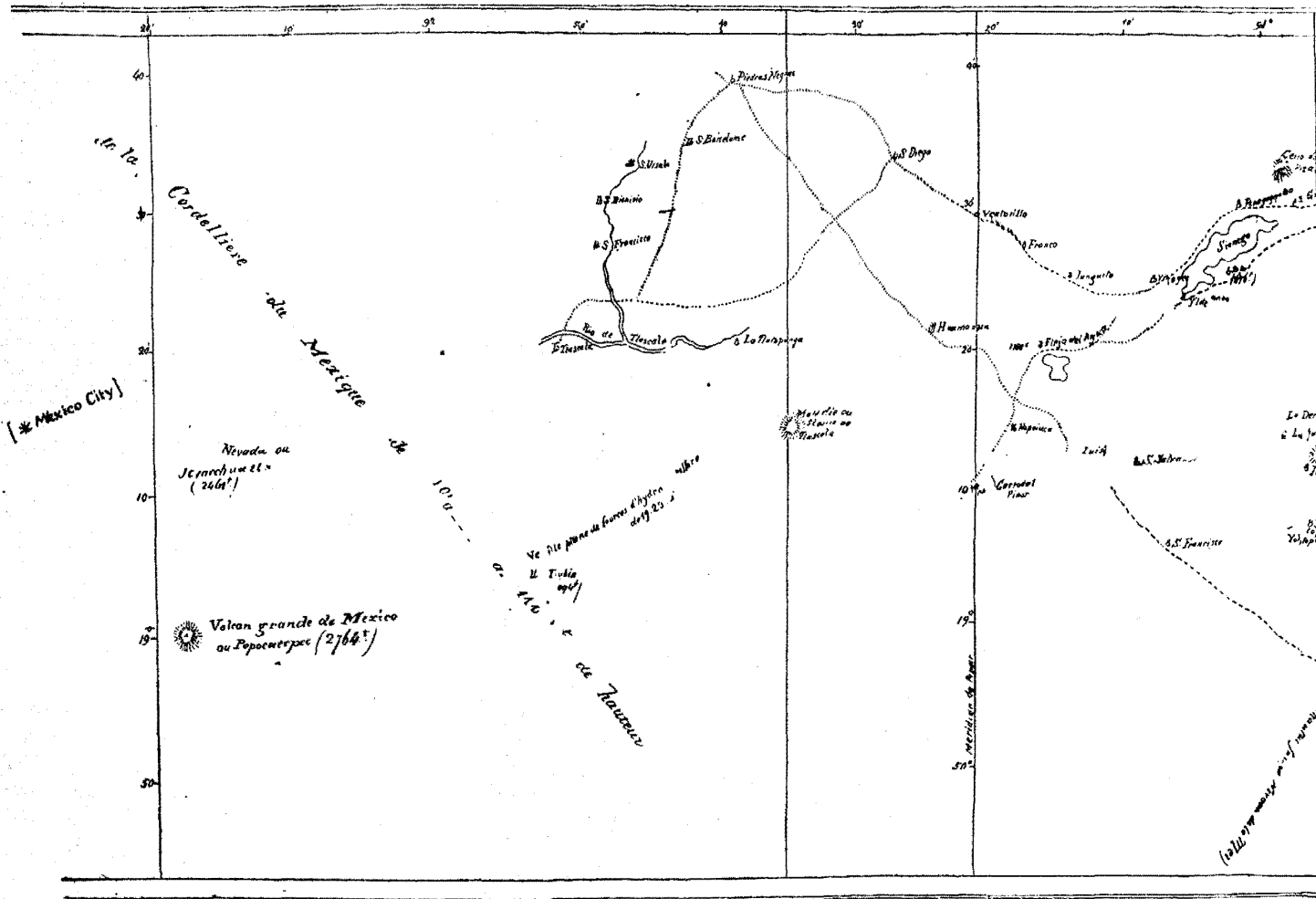
Y tan claramente como Burr se expresaban sus segundos y cabos.² Depuso un testigo que había oído decir á Clark que de buena gana entraría en la empresa de conquistar á México, con tal que los aventureros se decidieran á no volver más á los Estados Unidos. «Por ejemplo, usted puede llegar á ser duque,» fué una de las expresiones que juró el testigo haber oído de boca de Clark.

«Sienten sumo descontento, dice *The Charleston Courier*, contra el gobierno español, *el pueblo en general y en particular los sacerdotes*, los cuales, por reciente decreto de la Corte de Madrid, han quedado privados de la mayor parte de los productos de sus iglesias, cosa que los inducirá á cambiar fácilmente de amo y á sacudir su abyecta esclavitud é ignorancia, y la endemoniada influencia del Príncipe de la Paz.»

Prueba fehaciente de los intentos de Burr y de la formalidad de sus preparativos son los tres mapas que el Dr. Mc. Caleb encontró en poder de Mrs. Thomas C. Wording, quien los heredó de su abuelo el Dr. John Cummins, que vivía en Bayou Pierre,

1 Citado por Mc. Caleb, p. 114.

2 Parton, op cit, II, p. 45.

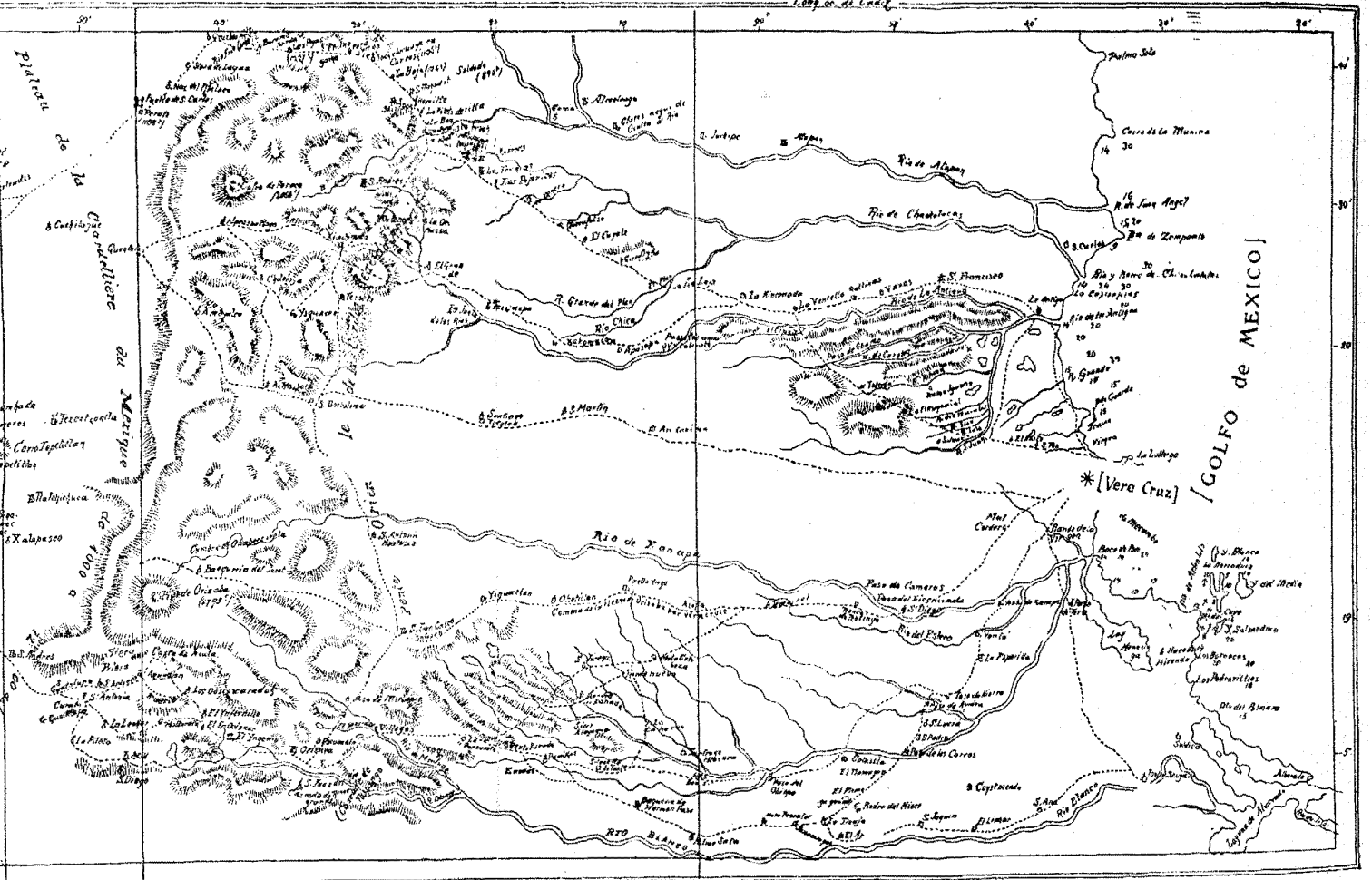


1262

Cad. à 2.5.15° a l'no. de Paris

Casas Viejas
Hacienda
Montañas

Long. or. de Cadiz



territorio de Mississippi, donde definitivamente fracasó la expedición de Burr.

El acucioso historiador describe así los tres mapas. El número uno (que mide treinta y nueve por treinta y dos pulgadas) es de la región inferior del Mississippi con Natches, Nueva Orleans, los terrenos de Washita, Nuevo México y Yucatán. El mapa número dos es una carta marítima (veintitrés por veintinueve pulgadas) y muestra con extraordinaria minuciosidad el plano de la costa del Golfo desde Nueva Orleans hasta Campeche; islas, barras y calas están perfectamente dibujadas, existiendo, además, los sondeos correspondientes. La carta está lindamente dibujada en papel que lleva la marca de agua de 1801.

El mapa número tres, que se reproduce en la presente edición, tomándolo de la obra de Mc. Caleb, en el original mide cuarenta y cinco por diez y nueve pulgadas y reproduce con meticulosa corrección la sección comprendida entre México y Veracruz hacia el este y al oeste de México. El escrupuloso cuidado con que han sido ejecutados estos mapas denuncia un conocimiento del terreno que sólo pudo haberse obtenido de fuentes españolas; confirmando en esta opinión la circunstancia de que en uno de los casos la longitud está computada con arreglo al meridiano de Cádiz.

VIII

Luego que Wilkinson estuvo seguro de que no habría guerra con España, y más seguro aún de que no prosperarían las trazas de su camarada Burr, echó las suyas con gran destreza. Esparció voces de que los conjurados caerían sobre Nueva Orleans en número de siete mil, que robarían bancos y almacenes, sin descuidarse, por supuesto, de matar hombres y niños, y de llevarse consigo á las más garridas doncellas, de seguro para servir de cortejo á los vencedores á su entrada á México.

En seguida aquel rufián de rufianes proclamó la ley marcial. Mandó formar una guardia de ciudadanos armados hasta los dientes, que impidiera la entrada de los facinerosos; pidió, casi con lágrimas en los ojos, el auxilio de los buques extranjeros anclados

en el puerto, prohibió que alma nacida entrara á la ciudad ó saliera de ella, declaró que derramaría hasta la última gota de su sangre por defender el puesto que se le había confiado, y se proclamó, nuevo Cicerón, salvador de la ciudad atacada por aquel *catilinarian character*, como apellidaba á Burr. ¹

Pero no le bastaba á Wilkinson haber salvado á su patria; también pretendió haber salvado á Nueva España. Al mismo tiempo que encarcelaba, gemía, causaba terror, movía á compasión, daba noticia de tremendas conjuras y asombraba á los orleaneses con su habilidad de histrión consumadísimo, enviaba á México á Walter Burling en misión extraordinaria y confidencial.

El pretexto ostensible era la compra de mulas y caballos; á Jefferson se le habló de la conveniencia de examinar por mar y tierra los caminos que á Nueva España conducían; á los jefes españoles encargados de los puestos de Florida y Tejas, de dar al gobierno virreinal noticia circunstanciada de los planes de Burr; á Iturrigaray de la lealtad y buenas partes de Wilkinson, que había logrado desbaratar la espantosa tempestad que se avecinaba sólo por amor á España; y como Burling sintiera temores de ir á habitar un castillo ó á trabajar una mina, su jefe lo proveyó de un pasaporte que le sirviera en cualquier circunstancia apurada.

Burling llegó á México en enero de 1807 y regresó á Nueva Orleans en febrero; en 12 de marzo el virrey decía lo siguiente á Cevallos: ² «En mi carta de 20 del pasado, empieza Iturrigaray, comuniqué entre otras cosas que tenía noticia de la llegada de un edecán del general americano Wilkinson portador de despachos que se suponía se relacionaban con las intenciones del coronel Burr. El edecán llegó, en efecto, y me entregó la carta del general que en copia acompaño. Por ella puede V. E. enterarse de que el firmante hace gran hincapié en las medidas que ha tomado con riesgo de su vida, fama y fortuna, para salvar, ó al menos para proteger este reino de los ataques de los insurgentes. Llama mi atención con suma especialidad acerca de que Veracruz y sus costas estaban escogidos como punto de ataque, y hasta indica que los bandidos, como los llama, pueden llegar á la ciudad de México. Por último, toca el punto que había anticipado y es el relativo al pago de sus servicios. Por una parte pide ochenta y cinco mil pesos y

¹ Quien desee detalles de este período puede consultar á los autores que han escrito sobre la materia y, sobre todo, el curioso y rarísimo opúsculo *Faithful picture of the political situation of New Orleans at the close of the last and the beginning of the present year, 1807.*

² Mc. Caleb, op cit., pp. 168, 169.

veintiseis mil por otra, pero no contento con esto dice que considera justo y equitativo que se le reembolsen las sumas que se ha visto obligado á gastar á fin de sostener debidamente la causa del buen gobierno, orden y humanidad.

«De acuerdo con los deseos del general, después de hacer traducir la carta, la destruí en presencia de su edecán, el cual, aparte de apoyar la demanda de su jefe, nada me dijo de nuevo acerca de las intenciones del coronel Burr.

«Al contestarle al general le dí á entender que me tenían sin cuidado los revolucionarios, pues me hallaba preparado para repelerlos por la fuerza, aunque se presentaran en número mucho mayor; y le informé también que no podía pagar la suma que me pedía sin órdenes expresas de S. M., haciéndole saber cómo tenía dispuesto todo para la pronta vuelta de su edecán.

«En conclusión, dándole las gracias por su celo marcial le insinué que le deseaba éxito completo en la prosecución de sus rectas intenciones. El edecán salió de aquí para Veracruz, de donde zarpó el 10 de febrero para Nueva Orleans en la goleta «Liberty» acompañado de sus intérpretes y sirvientes.»

A pesar de mi empeño no logré encontrar en el Archivo General el despacho transcrito. ¹

Sin embargo, mi impericia ó mi mala fortuna nada arguyen en contra de la existencia de la nota, cuya veracidad se halla comprobada por otras muchas. Al referir el ministro Caballero las diligencias de Salcedo para contrarrestar la conjuración de Burr, asegura que se había presentado á éste «un edecán del General Americano Wilkinson, de quien traía una carta para el expresado Virrey, que debía darle en mano propia, siendo tan importante, que conducía á la seguridad del Reyno, pues manifestaba que el ex-vice Presidente Burr, asociado con otros individuos, tenía prevenidos doce mil hombres, á los que debía unirse mayor número para atacar á Nueva Orleans, y rendida esta invadir después al Reyno de Nueva España, dirigiéndose después de dicha Plaza á Veracruz.» ²

¹ Tampoco lo hallaron los comisionados del Museo Nacional ni el distinguido historiador H. E. Bolton, que han trabajado con gran empeño en la recolección de documentos. Todas las notas tocantes á esta negociación existen reseñadas en los índices, pero los libros remiten siempre á la correspondencia con el Príncipe Generalísimo Almirante; y desgraciadamente, ó han desaparecido esos registros, ó se han extraviado sin poderse dar con ellos por el momento.

² M. SS. ARCHIVO NACIONAL. Reales cédulas, 1807, tomo 108, cédula núm. 194, f. 305.

Substancialmente repite el contenido de la nota de 12 de marzo la carta de fray Francisco Gil al virrey Iturrigaray, que dice así: «He recibido la carta de V. E. de 12 de marzo ultimo en que da noticia de la que le entrego el edecan del General Americano Wilkinson dandole parte de las providencias que habia tomado con riesgo de su vida para precaber ese Reyno de los ataques de los insurgentes pidiendole 221,000 pesos para desvaratar los planes de los vandidos y gratificaciones de los Espias. De que enterado S. M. asi como de la respuesta que V. E. dio teniendo tomadas todas las medidas para que sus Rs. armas queden con aquella gloria y honor que corresponde, se lo digo á V. E. para su inteligencia y en contestacion á dha. Carta.» ¹

Quizás al mismo Burling ó á otro enviado del tunante Wilkinson se refieren estas frases de una nota de Irujo al comandante de las tropas españolas en Béxar: «En la carta que escriví á V. S. en 5 del corriente se me olvidó explicarle con mas claridad una idea importante que no hize mas que indicarle. Aunque el personaje alto de caracter y gordo de cuerpo que V. S. tiene en frente puede haberle manifestado *razones muy poderosas* para ganar su confianza, repito que en estas circunstancias debe V. S. oírle con mucha circunspección. Es un hecho que no puede dudarse esta unido con Burr en sus planes: me hago cargo lo facil que le sera dar a ciertas circunstancias una interpretacion plausible; pero tambien estoy convencido de que si por su calculo se promete sacar con Burr mayores ventajas, se valdra de esta misma confianza para sorprender la buena fe de V. S. y por un doble juego causarnos tanto perjuicio quanto pueda ser util si procedé con la lealtad debida. Por esta consideracion, calculando sobre el caracter intrigante de ciertas personas, y que en su conducta y obgeto no miran sino á sus intereses particulares sin pararse en los medios, ni en la necesidad de guardar consecuencia que se acerque á la desconfianza y que V. S. esté muy alerta y *averigüe tambien por otros canales* los que pasa entre sus vecinos.» ²

Todavía en doce de abril de 1807 Cevallos contestaba dándose por entendido de la visita de Burling y avisando que, «segun las noticias que aqui tenemos, el General Wilkinson esta vehementemente indiciado de hallarse en union é inteligencia con Burr,» y en

¹ M. SS. ARCHIVO NACIONAL. Reales cédulas, tomo 200, cédula núm. 12, f. 20.

² M. SS. ARCHIVO NACIONAL. Provincias Internas, tomo 239, E. 3, fojas. 43.

27 de septiembre del mismo año el virrey hacía saber que nada tenía que añadir sobre la presencia de Burling. ¹

Pero si las tremendas ocurrencias acaecidas en el reino de Nueva España hacían olvidar aquel incidente, no lo olvidaban por igual los enemigos de Wilkinson.

En Davis, *Memoirs of Aaron Burr*, II, p. 400 y siguientes, se hallan estos documentos, que confirman el contenido del despacho de Iturrigaray acerca de la conducta de aquel que, según Jefferson, procedió siempre *with the honour of a soldier and the fidelity of a good citizen*: «Estado de Louisiana, ciudad de Nueva Orleans, Ante mí, Guillermo Young Lewis, notario público adscrito á la ciudad de Nueva Orleans, comisionado y jurado en forma, compareció hoy Ricardo Reynal Keene, licenciado en leyes y consultor de derecho; y á mí, el mencionado notario, me entregó los documentos siguientes, pidiéndome que los agregara á los de mi protocolo corriente, á saber:

1.º Un certificado de la virreina de México fechado en Madrid á 24 de enero de 1816.

2.º Una carta del Reverendo Dr. Mangan, fecha en Madrid á 21 de julio de 1821.

3.º La respuesta del dicho Dr. Mangan á la carta citada, fecha en Madrid á 21 de julio de 1821.

Y de conformidad con lo pedido agregué á mi protocolo corriente los dichos documentos para que allí queden depositados y puedan servir en lo que sea menester después de señalarlos con *ne varietur* á fin de identificarlos con el presente acto.

Es hecho en Nueva Orleans á los 24 días del mes de diciembre de 1836, en presencia de los testigos Guillermo T. Lewis y Gustavo Harper, de este domicilio, que firman con el interesado y conmigo el Notario.—Firmados, *Ricardo R. Keene, Guillermo T. Lewis, Gustavo Harper*.—*W. J. Lewis*, N. P.

Certificado de la virreina.

Atendiendo á que S. E. el señor Marqués de Campo Sagrado, ministro de la guerra, se ha servido acceder á la petición que Ricardo Raynal Keene, coronel de los reales ejércitos, le dirigió con fecha 12 del corriente con el fin de obtener mi declaración respecto á la comisión que el brigadier anglo americano Jaime Wilkinson dirigió

¹ M. SS. ARCHIVO NACIONAL, Reales cédulas, tomo 198.

á mi finado esposo don José Iturrigaray, teniente general de los reales ejércitos de México y virrey de aquel país; ahora, con el fin indicado, declaro y certifico que, habiendo acompañado á México á mi citado esposo, y hallándome allí con él durante el tiempo que ejerció el cargo de virrey, esto es del año 1802 al 1808, recuerdo perfectamente bien la susodicha mision, que llevó un sujeto llamado Burling; y aunque ahora no puedo aventurarme á relatar los pormenores de la dicha comision, pues no me lo consiente la flaqueza de mi memoria, la exposicion que Keene ha dirigido al ministro de la guerra relatando los artificios y estratagemas de Wilkinson por medio de su agente confidencial, es cierta y verdadera en el fondo.

Las miras interesadas de Wilkinson al reclamar grandes sumas de dinero por supuestos desembolsos que había tenido que hacer para contrarrestar los planes del vicepresidente americano Burr en contra de México, parecieron al virrey no menos incompatibles con los derechos de S. M. que irreconciliables con el honor de un oficial y un patriota al servicio de un estado extranjero. Debido á esto el virrey no dió á Burling un solo peso, antes bien dictó providencias para que inmediatamente saliera del país.

Esto expongo en cumplimiento de la orden de S. E. el ministro de la guerra. Madrid, enero 4 de 1816.

Maria Inés Jáuregui de Iturrigaray.

Madrid, á 21 de julio de 1821.

Reverendo Padre:

Envío á usted una declaracion de la virreina doña María Inés de Jáuregui de Iturrigaray, fecha 24 de enero de 1816, tocante á la intriga que en 1806 á 1807 trató de llevar á cabo el brigadier Wilkinson por medio de Mr. Burling á fin de obtener dinero del virrey de México. En diferentes conversaciones que con la virreina tuve acerca del asunto, me dijo que gozaba usted de la absoluta y completa confianza de su marido, y que ademas que él le habló á usted sin reservas del caso, lo comisionó para interpretar la carta que Wilkinson mandó por medio de Burling, y la cual carta estaba escrita en lengua inglesa. Si el virrey no hubiera muerto como murió, repentinamente, me habría suministrado sin duda la declaracion que me dió su viuda. Y como es justicia que usted me comunique lo que sepa acerca de la susodicha declaracion de la virreina, le ruego que lo haga. Debo sólo añadir que en una de sus conversaciones el virrey me dijo que en la repetida carta, al hablar Wil-

kinson del servicio que habfa prestado impidiendo la invasion de México por el vicepresidente Burr, se comparaba á sí mismo con Leónidas en el Paso de las Termópilas. Cuento usted, reverendo padre, con mi profundo respeto.

Richard Raynal Keene.

Coronel al servicio de S. M. C.

Al Rev. Dr. Mangan, rector del colegio irlandés de Salamanca.
Madrid á 23 de julio de 1821.

Querido señor:

Leí con todo cuidado la declaracion que vino inclusa á su grata de 21 del corriente firmada por la ex-virreina de México, doña María Inés Jáuregui de Iturrigaray, y relativa á la famosa embajada que el general Wilkinson mandó al esposo de aquella, don José de Iturrigaray, virrey de México.

Como S. E. tuvo á bien emplearme como intérprete en la entrevista que concedió á Mr. Walter Burling, portador de la carta del dicho general Wilkinson y comisionado suyo para manifestar al virrey la importancia de la Embajada, lealmente confieso que la declaracion de la virreina es enteramente cierta, pues el objeto de la tal embajada era ponderarle al virrey los grandes sacrificios pecuniarios que Wilkinson habfa emprendido para frustrar el plan de invasion que el expresidente Burr tenfa concertado contra el reino de México, y solicitar, en atencion á esos importantísimos servicios, una bonita y redonda suma: *doscientos mil pesos*.

No puedo menos de observar que el virrey don José de Iturrigaray recibió esa pretension con enojo é indignacion ordenandome decir á Mr. Burling que si el general Wilkinson habfa en algún modo contrarrestado cualquier traidor intento de Burr, no habfa hecho más que cumplir con su obligacion; y que el virrey tendrfa buen cuidado de defender el reyno de México contra cualquier ataque ó invasion; por lo cual no se crefa autorizado para dar á Wilkinson un maravedí por sus supuestos servicios. Concluyó disponiéndole á Burling salir de la ciudad de México, haciéndole escoltar hasta el puerto de Veracruz, donde se embarcó para los Estados Unidos.

Esta es, en mi concepto, la sustancia (según puedo recordar) de la famosa embajada del general Wilkinson al virrey de México don José de Iturrigaray, quien por cierto no anduvo descaminado al hablarle á usted de Leónidas, pues recuerdo bien que el general Wilkinson, tras de ponderar en pomposo estilo las dificultades que

había tenido que vencer para trastornar los planes de Burr, concluía diciendo: «Yo, como Leónidas, atrevidamente me arrojé en el desfiladero.»

Original le devuelvo á usted la declaracion de la virreina doña María Inés Jáuregui de Iturrigaray, y quedo de usted afmo.

Patricio Mangan.»

Rector del Colegio Irlandés de Salamanca.

Al Sr Ricardo R. Keene, coronel al servicio de S. M. C.

Por lo tanto certifico que la anterior es copia exacta de los originales que agregué á mi registro corriente. En testimonio de lo cual extendiendo el presente, firmado de mano y sellado con mi sello, en Nueva Orleans á 26 de diciembre de 1836.

Guillermo Y. Lewis, Not. Pub.»

Y da la pícara casualidad, dice Mc. Caleb, que el mismo día que el virrey escribía á Cevallos sobre la conseja inventada por Wilkinson y sobre su petición de dinero, el general dirigía á Jefferson un informe sobre la condición de México, suponiendo que lo había recibido de Burling. El papel iba acompañado de una solicitud de quinientos pesos, suma que se contaba había invertido Burling en su loable empresa. Y Jefferson no tuvo ánimo para negar aquella miseria al jefe á quien juzgaba un servidor fiel de su país y un amigo decidido de su administración.

IX

Pero ¿ejerció alguna influencia la tentativa de Burr en los sucesos posteriores que se desarrollaran en la Nueva España? Así lo pensaban los españoles que tenían la responsabilidad de las Provincias Internas, pero por más que no sea posible descubrir parentesco entre los planes de Hidalgo y los de los filibusteros americanos, entre el imperio americano de Aaron Burr y Teodosia Alston y el reino español que debía encabezar Fernando VII, no hay manera de desconocer que sí tienen gran similitud y son, por decirlo así, los eslabones de una cadena, los términos de una progresión, la conjura del segundo Vice-Presidente americano, la horrible y san-

guinaria guerra que en Texas encabezaron Gutiérrez y Magee, las fogosas prédicas de Benton y la final usurpación de los territorios situados al norte del río Grande.

En 1809 comunicaba el cónsul en Nueva Orleans á don José Vidal la llegada de Wilkinson acompañado de buen golpe de tropas y su paso á la Habana para conferir con el gobernador don Vicente Folch. «Descoso yo de averiguar, dice el cónsul, el verdadero objeto de este viage para en cumplimiento de mi dever participarselo á V. E. practique todas las diligencias posibles, pero el resultado no era mas que dudas y conjeturas pr. qe. este Gobierno es impenetrable algunas vezes sobre sus asuntos politicos. Permanecí en esta obscuridad é inquietud hasta el 28 del mes po. po. en el que de intento vino á buscarme á mi casa el Gobernador de esta Provincia D. Guillermo Claiborne con el objeto de comunicarme reservadamente una carta que havia recibido del Presidente Jefferson, cuyo contenido se reducía á manifestarle, lo muy sencible que le era saber que por un efecto de tramas políticas, se pretendia desacreditar contra España y sus colonias á los Estados Unidos pretextando como un crimen el Embargo que subsistia, pero que podia comunicar en su nombre á todo español que el y el Gobierno descaban sinceramente los felices sucesos de la España sobre las armas del tirano de la Europa; y que si desgraciadamente llegaba á rendirse, los Estados Unidos prestarían toda clase de socorros y auxilios á las colonias que bajo los auspicios de Fernando 7.º sus sucesores ú otra clase de Gobierno no quisiesen sufrir el yugo de la Francia, creyendose suficientes para esta empresa sin influencia de qualquier otra Nacion que tenga estas miras.

«A esto añadió el Gobernador que atendidos los muchos recursos y fuerzas de Napoleon, era muy probable su triunfo en la España, y que le parecia que su Gobierno declararía de buena gana la guerra á la Francia, y se manifestaría Protector y Aliado de todas las colonias que no quisiesen seguir la suerte de la Metròpoli en caso de ser conquistada, y que igualmente me aseguraba que si los Americanos enviaban su representante para tratar sobre estos puntos con los Estados Unidos, serían muy bien recibidos, y sacarían todas las ventajas más favorables.» 1

Las pretensiones americanas, sin embargo, menudeaban con tanta priesa, que casi no pasaba día, semana, ni mes, sin que se recibieran denuncias respecto de tal punto. Puede servir de muestra ésta que trasmite al Real Acuerdo un anónimo residente en la Ha-

1 M. SS. ARCHIVO NACIONAL. Marina, 1809-1814. No. 1, Reservado.

bana: «A V. Alteza se dirige un leal español que penetrado de los más sanos sinceros deseos en cooperar por su parte en quanto le sea posible á la conservacion de los Dominios de su legítimo Soberano el Adorado Fernando Septimo, y le da la noticia de haber visto varias cartas de 23, 24 y 25 de Marzo próximo pasado, de Orleans, de diversa letra, y todas combienen en *que se está preparando una revolucion en ese Nuevo Mundo* auxiliada y fomentada por los Anglo-americanos, los que están acopiando tropas en el mencionado Orleans, y que cinco mil de ellos en el próximo septiembre desembarcarán en Tampico, ó Tabasco, epoca en que hara la explosion. Tambien dicen que frecuentemente tienen correos de lo interior del Reyno de los viles que estan madurando, el plan del modo de que ya se halla en Orleans.

Cree el qe. dirige á V. A. esta noticia que si las referidas cartas son infundadas nada perjudica este aviso, y si lo contrario, surtira el efecto que haya lugar en los nobles pechos de los qe. tengan presente que su existencia y felicidad consiste en la de nuestra Patria, la España, y de ningún modo en separarse de ella; quanto más afligida esta, es quando hay más obligacion; y que triunfante como debemos esperarlo, el menos acreedor de su agradecimiento y gratitud vivirá con leyes suaves y unos veneficios que no disfrutará el más leal de otro cualesquiera Gobierno de los conocidos; por lo solido y estable qe. sera el que nos rija.

Dios gue. las vidas de V. A. ms. as. para el santo fin á que está creado tan esclarecido congreso. Havana 21 de abril de 1809.— Serenísimo y fidelísimo Rl. Aquerdo de México.» 1

Y la forma de empezar la revolucion no era otra que la ideada por Burr.

«El partido de Burr aunque oculto es considerable, escribía el cónsul de Nueva Orleans al jefe de las armas en Béxar. En esta ciudad de Nueva Orleans, continuaba, hay en el día de sus partidarios que estan empleados en su antiguo proyecto. Si estan sostenidos por los ingleses ó los franceses no me atrevo á decir; pero si dire que temo mucho de la desunion de nuestro Pais. Las intrigas son extraordinarias. Viva Vm. con cautela sobre sus asuntos de intereses en esta provincia para que no sea una de las muchas inocentes víctimas de estos espíritus ambiciosos y destruidores.» 2

En 1816, dice Davis, el general Toledo escribió á Burr en estos ó parecidos términos. «Aunque no tengo el honor de conocer á us-

1 M. SS. ARCHIVO NACIONAL. Marina, 1809-1814, fs. 6-7.

2 M. SS. ARCHIVO NACIONAL. Marina, 1809-1814. Vidal al Virrey.

ted personalmente, la fama de sus talentos y de sus buenos deseos en favor de la causa de América, han hecho su nombre familiar entre nosotros.» Se le llamaba en seguida para tomar la dirección política y militar de los negocios de México, como si Toledo hubiera podido disponer del puesto que tan liberalmente otorgaba; pero buenas ó malas las facultades que se atribuía era demasiado tarde para Burr: estaba muy viejo, muy lleno de cuidados, muy desengañado y, naturalmente, desechó la invitación. ¹

En la correspondencia del que no vacilo en llamar ilustre diplomático, don Luis de Onís, se encuentran docenas de despachos en que se habla de los temores al peligro americano y á la pérdida de las más ricas provincias españolas. He aquí este que puede servir de tipo del género:

«Exmo. Sor.

«Muy Sor. mío: En este instante acavo de saber por el Consul de S. M. en Nueva Orleans, q.^e corre allí la voz de que el Gobernador de aquel Estado se preparaba á salir para Natchitoches con la tropa q.^e se había publicado marcharía al Norte con el General Wilkinson, y q.^e nadie dudaba q.^e su objeto era el ir á tomar posesion de la Provincia de Texas á nombre de los Estados Unidos, reproduciendo la misma escena que se ha puesto en planta para tomar posesion de la Florida Occidental, y se había empleado en la Oriental que despues se ha evacuado.

«Creo de mi obligacion ponerlo en noticia de V. E. por si no le ha llegado esta noticia por otro conducto; añadiéndole que he visto un plan q.^e ha mandado sacar este Gobierno de las Provincias internas, en el qual fixa los límites entre este pais y las posesiones de S. M. en rio Brabo ó del Norte, remontando por el curso de este rio hasta el grado 32 y tirando una linea á el oeste de dho. grado hasta el mar pacifico, quedando por consiguiente como territorio Americano toda la Provincia de Texas, el Nuevo Santander, parte de Nueva Vizcaya, Coahuila y la Sonora, y toda la extensa Provincia de Nuevo México. Aunq.^e este proyecto parezca quime-

1. Dudo mucho de la autenticidad de la carta que Davis atribuye á Toledo; no solamente sabía éste que no podía ofrecer lo que no era suyo ni le había entregado nadie, sino que, mientras no se demuestre lo contrario, debemos considerarlo un buen patriota. Y prueba de su buena fé son las cartas que obran en el expediente llamado *Letters in relation to Burr's Conspiracy*, que se halla en la *Library of Congress*, en las cuales rechaza todo propósito de intervención de los Estados Unidos en los negocios mexicanos y reprende duramente á su compañero Gutiérrez de Lara por haber admitido en sus huestes á un individuo comprometido en los manejos de Burr.

rico por el momento, puede V. E. contar con q.^e no se perdiera de vista, y q.^e se aprovecharan todas las circunstancias para realizarlo, si no se acude con tiempo á destruir la gavilla de bandidos q.^e se han introducido en la Provincia de Texas.

«Renuevo á V. E. mis respetos y pido á Dios g.^{ue} su vida m.^s a.^s Philadelphia, 11 de Sep.^{te} de 1813.

Exm.^o S.^r

B. La M. de V. E.

Su m.^s at.^{to} Serv.^r

Luis de Onís (rúbrica.)

Exmo. S.^{or} Don Felix Calleja.
Virrey de Nueva España.¹

Cuando Texas declaró su independencia, el viejo y revoltoso Burr siguió con sumo interés las peripecias de aquella lucha tan dolorosa para nosotros, y cuentan que un día, al leer las noticias que venían de la tierra insurrecta, exclamó radiante de gozo: «¡Vaya! ¿Lo ve usted? ¡Si yo tenía razón; sólo que me había anticipado treinta años á los sucesos! Y ¡oh asombro! Lo que hace treinta años se apellidaba traición, ahora se llama patriotismo.»

Y tenía razón Aaron Burr, porque si Jackson y Houston fueron los que obtuvieron el fruto de aquella vergonzosa y triste hazaña, Burr fué quien la planeó, quien la ideó, y quien no la ejecutó por causas que no estuvieron en su mano. Su desairada tentativa fué sólo el prólogo de la inicua invasión del 46 y de las conquistas del flamante imperialismo americano.

Pero estas cosas ya no las vió Aaron; tiempo hacía que su alma inquieta reposaba en mansiones más altas, y que su cuerpo baldado había ido á unirse á los de sus mayores en el cementerio de la Universidad de Princeton, donde yace todavía. ²

¹ M. SS. ARCHIVO NACIONAL. Tomo 26, Sección de Historia. Operaciones de Guerra. 1810-1820.

² Apenas habrá en la historia americana asunto más largamente tratado que el de la romántica vida de Aaron Burr, sus arrojadas empresas, su idea de separar los estados del oeste de la Unión Americana y sus ideas preimperialistas. Seguramente que llegan a millares los libros y artículos escritos acerca de aquellos perturbados y oscuros tiempos y de aquellos personajes misteriosos é interesantísimos. Quien desee enterarse por menudo de la literatura BURRISTA, puede registrar *Burr Bibliography, a list of Books relating to Aaron Burr by Hamilton Bullock Tompkins, Brooklyn, 1892, 89 p. 250 copies printed.*